

BIBLIOTECA SELECTA
CRISTOBAL SCHMID

EL CANASTILLO DE FLORES

49



RAMON SOPENA-EDITOR

PROVENZA-93-97-BARCELONA

2 C = 1 his
87



00037892

APROBACION ECLESIASTICA

OBISPADO DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT

EL CENSOR,

DR. CARLOS CARDÓ SANJUAN,
CANÓNIGO

Barcelona, 2 de Junio de 1926

Imprimase,

José, Obispo de Barcelona,

Por mandato de su Excia. Ilma.
Dr. Francisco M.^a Ortega de la Lorena,
Canciller-Secretario.

BIBLIOTECA SELEÇTA

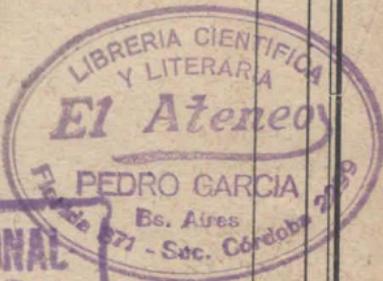
C. SCHMID

El Canastillo de Flores

TRADUCCIÓN DE

J. PÉREZ MAURAS

29.153



**BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS**

BARCELONA

RAMÓN SOPENA, EDITOR

PROVENZA, 93 A 97



Derechos reservados.

82192

EL CANASTILLO DE FLORES

I

EL ANCIANO JACOBO Y SU HIJA MARÍA

Hace más de un siglo, vivía en el pueblo condal de Eichburgo un hombre muy entendido en floricultura, llamado Jacobo Rode, quien, siendo aún muy niño, había ido allí para aprender en las posesiones del conde el oficio de jardinero. Por su ejemplar comportamiento, se granjeó pronto la voluntad de su señor, quien le confió algunos pequeños asuntos del castillo y lo llevó en su compañía en un viaje que tuvo que hacer.

En dicho viaje, Jacobo enriqueció su entendimiento con muchas ideas, adquirió finos modales y lenguaje culto y, lo que vale más todavía, regresó sin que nada hubiera podido corromper su noble corazón.

El conde quiso premiar los servicios del fiel Jacobo y darle un empleo importante; pero él, que echaba de menos la vida tranquila del campo, suplicó a su señor que le arrendase una pequeña hacienda de Eichburgo, cuyo antiguo colono había sido despedido a la sazón. El conde no se la arrendó sino que se la cedió gratuitamente.

te, dándole además la leña y granos necesarios para el consumo de su casa.

Jacobo se casó en Eichburgo y vivía dichoso en su pequeña finca, de la cual destinó la mitad al cultivo de legumbres, plantando la otra mitad de árboles frutales.

Al cabo de muchos años de vida feliz, la muerte arrebató a Jacobo su amada esposa.

El buen hombre, que era ya algo entrado en años, envejeció rápidamente y sus cabellos tornáronse blancos. De los muchos hijos con que Dios había bendecido su unión, sólo le quedaba una niña, su único encanto, que a la muerte de su madre sólo contaba cinco años. Llamábase María, como aquélla, y era un vivo retrato suyo.

María no había cumplido aún los quince años y hacía ya todos los quehaceres de la casa. Además, ayudaba a su padre en el cultivo de la huerta. Aquellas horas eran para ella las más agradables de su vida. Verdad es que su padre, como hombre discreto, entreteníala con instructivas y amenas conversaciones, y el trabajo no se le hacía pesado.

Como María había crecido entre plantas y flores y no había conocido más mundo que su huerta, aficionóse extraordinariamente a las flores. Su padre le proporcionaba cada año cebolletas y semillas de flores que ella no conocía, y que plantó hasta en las orillas de los bancales.

En las flores queridas mostrábale el padre los emblemas de las virtudes juveniles. Cuando una mañanita del mes de marzo María llevó a su padre, llena de contento, la primera violeta, Jacobo le dijo :

—Ve, hija mía, en esa linda violeta, el símbolo de la modestia, del recato y de la caridad sigilosa. Esta flor viste suaves colores de humildad, florece preferentemente en los sitios más ocultos, y, escondida entre hojas, embalsama el aire con los más gratos perfumes. Sé tú también, mi querida María, callada violeta que desdeña los vestidos abigarrados y lujosos, que no gusta de ser

vista, y que, hasta marchita, sigue haciendo el bien secretamente.

En medio del jardín estaba plantado, como el más bello adorno, un manzano, no más alto que un rosal. El día en que vino María al mundo, su padre lo plantó, y todos los años el arbolillo producía hermosísimas manzanas. En una ocasión brotaron en él abundantes flores; María lo examinaba cada semana, y, cuando lo contemplaba, exclamaba:

—¡Qué hermoso y lindo está! Este arbolito parece un gran ramo de flores.

Una mañana, en que la escarcha había destruído las flores, que ya estaban amarillas y pardas, y con el sol se acabaron de marchitar, María, que lo contemplaba con lágrimas en los ojos, fué sorprendida por su padre, que le dijo:

—Así el rocío del pecado marchita la flor de la virtud. ¡Hija, teme la seducción!

Mimada y cuerdamente aconsejada por su amante padre, María crecía entre las flores de su exuberante jardín como una delicada rosa, inocente como un lirio, modesta como una violeta, y llena de esperanzas como un arbolito en su más lozana flor.

Contento y satisfecho, el anciano había contemplado su querido huerto, cuyos frutos compensaban con exceso sus afanes; pero aun sentía mayor satisfacción cuando contemplaba a su hija, quien, con la buena educación que le había dado, producía frutos más exquisitos.

II

MARÍA ES RECIBIDA EN EL CASTILLO DEL CONDE

Era una hermosísima mañana del mes de mayo. María había recogido en un bosquecillo cercano un manojo de mimbres y varas de avellano, con las que tejía su padre, cuando sus ocupaciones se lo permitían, capri-



chosos cestitos. En aquel bosquecillo nuestra heroína encontró los primeros lirios del valle, arrancó algunos, y con ellos hizo dos ramitos, uno para su padre y otro para ella. Al regresar a su casa, por el estrecho sendero que serpenteaba a través de las floridas praderas, encontré con la condesa de Eichburgo y su hija Amalia, que hacía pocos días había venido de la capital para pasar una temporada en su castillo.

En cuanto María vió a las dos señoras, que vestían de blanco y llevaban lindas sombrillas verdes, se apartó un poco, respetuosamente, para dejarlas pasar.

—¡Oh! — exclamó la condesita, a quien agradaban los lirios más que ninguna otra flor—. ¿Ya hay lirios en el valle?

Inmediatamente María ofreció un ramo a cada señora. Estas los aceptaron con placer, y la madre sacó su bolsillo de seda encarnada y quiso remunerar a la joven, pero ésta dijo:

—Muchas gracias, señora. Es para mí un gran pla-

cer el obsequiar a ustedes desinteresadamente, por tratarse de unas señoras de quienes ya he recibido muchas atenciones.

La condesa sonrióse afablemente, y recomendó a María que trajese con frecuencia lirios de los valles a su hija Amalia. María cumplía el encargo todas las mañanas, y con este motivo, mientras florecieron los lirios, acudía diariamente al castillo. Amalia se prendó del talento, ingenuidad y modestia de María, tanto, que ésta pasaba largas horas en compañía de la condesita mucho tiempo después de haberse terminado los lirios del valle; y en esto Amalia demostraba claramente que deseaba tener siempre junto a sí a María, y, por tanto, pensó tomarla para su servicio.

Faltaban pocos días para el cumpleaños de Amalia, y María pensaba ofrecerle un modesto presente. Como ya en muchas ocasiones había llevado ramos de flores a la condesita, se le ocurrió una idea. En el último invierno su padre había fabricado algunos preciosos canastillos, y había regalado a María el más bonito de todos. La excelente muchacha determinó llenar de flores aquel canastillo y regalárselo a Amalia el día de su cumpleaños. Su padre accedió muy gustoso a sus ruegos, y, además, adornó el cestillo con las iniciales de la condesita y el escudo de armas de la familia, que entretejió primorosamente.

En la mañana del cumpleaños de Amalia, María tomó las más hermosas flores de su jardín, y las arregló de tal modo en el cestillo, que los colores formaban entre sí el más bello contraste.

Por fin, María se dirigió al castillo de Eichburgo, y después de felicitar cordialmente a la condesita Amalia, le entregó el cestillo. Precisamente, en aquel momento, se hallaba la joven condesa sentada ante su tocador, dejándose peinar por su camarera para la fiesta de aquel día. Amalia sintió gran contento al recibir aquel lindo obsequio.

—Excelente niña — dijo la condesita a María— ; has despojado tu jardinito para obsequiarme espléndidamente. Tu padre hace un trabajo tan lindo y con tal gusto, que yo jamás vi cosa más bella. Ven conmigo a ver a mi madre, para que lo admire.

Levantóse, tomó cariñosamente de la mano a María, y subió con ella al aposento de la condesa. Cuando llegaron a la puerta, Amalia exclamó :

—¡ Mira, mamá, qué obsequio tan precioso me ha traído María ! Jamás habrás visto un cestillo tan hermoso y unas flores tan bellas.

—En efecto — dijo la condesa, a quien gustó mucho el obsequio—, es hermosísimo. En él se descubre el buen gusto de María, y más aún su buen corazón—. Después añadió— : Espérate aquí un poco, querida niña ; vuelvo en seguida — e hizo una seña a Amalia para que la siguiese al aposento contiguo.

Cuando estuvieron solas madre e hija, aquélla dijo a Amalia :

—No permitiremos que María se marche sin hacerle algún regalo. ¿Qué te parece que podemos darle ?

Después de pensarlo un momento, Amalia dijo :

—Si tú lo permites, yo creo, querida mamá, que lo mejor sería regalarle un vestido mío ; aquel de elegantes florecitas encarnadas y blancas sobre fondo verde obscuro. Está casi nuevo, pues apenas me lo he puesto, y ya me está corto ; pero para María todavía puede servirle para las fiestas. Ella, que es tan hábil, se lo puede arreglar. Siempre que para ella tampoco fuese demasiado...

—De ningún modo lo es — objetó la condesa—. Cuando se quiere obsequiar a una persona, se le debe dar lo que le pueda ser más útil. Ese vestido sentará muy bien a una jardinerita.

Volvieron a donde dejaron a María, y la bondadosa condesa le dijo :

—Ya puedes marcharte, y cuida de las flores para

que no se marchiten hasta la hora de comer, pues hoy tendremos convidados, y el cestillo será el más rico adorno de la mesa. A Amalia dejó encargada, querida María, para que te obsequie.

Amalia, acompañada de María, fué corriendo a su aposento, y mandó a su camarera buscar el vestido.

Adela, que así se llamaba la doncella, quedó sorprendida y preguntó :

—¿Va usted a ponerse hoy ese vestido, señorita?

—No ; se lo regalo a María.

—¿Le regala ese vestido? — exclamó Adela—. ¿Lo sabe la señora condesa?

—Trae el vestido — ordenó Amalia, seriamente—, y no te preocupes de lo demás.

Adela, despechada, volvió la espalda, y fué a buscar el vestido. Encendiósele de cólera el rostro, y, airada, descolgó del armario el traje de la condesita, diciendo :

—¡ Si pudiera rasgar ahora mismo este vestido ! ; Mal haya la mozuela hortelana !... Por lo pronto, no sólo me ha privado de una parte del favor de mi ama, sino que también me arrebató el vestido, pues éstos, cuando son desechados, me pertenecen de derecho. ¡ Ah ! ; Si con los ojos pudiese pulverizar a esa antipática chiquilla !...

Mientras se dirigía a la sala, la envidiosa doncella reprimió su cólera lo mejor que pudo. Presentóse contenta y entregó a Amalia el vestido.

—Mi buena María — dijo la condesita—, hoy podré hacerte un regalo más rico que tu cestillo, pero no más agradable. Las flores de este vestido no tienen punto de comparación con las tuyas ; y, sin embargo, creo que, por cariño hacia mí, no me las rehusarás. Lleva este vestido en recuerdo mío, y en mi nombre saluda a tu padre.

María tomó el vestido, besó la mano de la condesita, y partió, llevando el rico vestido que le regalaran. Su padre, al enterarse, no experimentó ninguna alegría por el valioso obsequio. Meneaba la cabeza, y decía :

—Mejor hubiera sido que no hubieses llevado el cestito al castillo. Este vestido, por ser un presente de la condesita, me satisface muchísimo; pero yo temo que excite celos contra nosotros.

III

EL ANILLO DE LA CONDESA

Después de probarse María el vestido, doblólo cuidadosamente y lo guardó en su ropero. Pocos minutos después, presentóse en su casa la condesita con el semblante demudado, y casi sin aliento, preguntando a María:

—¿Qué has hecho, desgraciada? Falta el anillo de diamante de mi madre, y nadie, más que tú, ha entrado en la sala. ¡Oh! Aun es tiempo de que me lo devuelvas, de lo contrario, sucederá una catástrofe: dámelo pronto; aun se puede arreglar el asunto.

María prorrumpió en amargo llanto, diciendo:

—Le aseguro que nada sé del anillo; jamás me he atrevido ni a tocar siquiera cosas ajenas, mucho menos a robarlas. Mi padre me ha enseñado a no quitar nada a nadie.

En este momento se presentó el padre de María en la habitación. Trabajando en el jardín había visto entrar presurosamente en su casa a la condesita. Cuando se enteró de lo que se trataba, a punto estuvo de caer en tierra. Tal fué la desagradable impresión que recibió. Repuesto ya, exclamó:

—Hija mía, si el brillo del oro y de la piedra preciosa te deslumbraron, induciéndote a tal pecado, no lo niegues, confíesalo, y devuelve el anillo.

La pobre joven, entre lágrimas y suspiros, dijo:

—Padre mío, créame; yo no he cogido ningún anillo.

—María — insistió aún el padre—, repara en mis canas; no acarrees a mi corazón más pesares; líbrame de este dolor. Confiesa ante la presencia de Dios, a quien

tengo la esperanza de ver pronto, y que no admite en su seno a ningún ladrón que no esté arrepentido, si tú tienes el anillo. Por tu propia felicidad quiero que me digas la verdad.

María dirigió al cielo sus húmedos ojos, alzó las manos y exclamó :

—Dios sabe que yo no tengo el anillo. Tan cierta tenga yo la gloria como esto.

—Te creo, hija mía ; pues tú no mentirías ante la presencia de Dios, y teniendo por testigos a la condesa y a tu anciano padre ; y puesto que tú, como yo firmemente creo, eres inocente, quedo ya tranquilo. Tranquilízate tú también, María, y nada temas. El pecado es el único mal que debemos temer en el mundo.

Algunas lágrimas asomaron a los ojos de la condesita, y dijo :

—Queridos amigos, oyéndoles hablar así, me convenzo de que no tienen ustedes el anillo. Pero, cuando pienso nuevamente en todas las circunstancias, creo lo contrario. Mi madre está segura de haber puesto el anillo en su costurero, precisamente un poco antes de entrar yo con María en la sala. Ninguna persona penetró allí. María misma atestiguará que yo no me acerqué al costurero, y mientras mi madre hablaba conmigo en la pieza contigua, María estuvo sola en el aposento sin que hubiese entrado persona alguna antes ni después de ella. Luego que salimos, mi madre cerró las puertas para ir a vestirse en otra pieza. Cuando terminó, quiso ponerse el anillo, y éste ya había desaparecido. Para mayor seguridad registró ella misma todo el aposento. Aún más, tuvo la previsión de no dejar entrar en el cuarto a ninguno de casa, ni a mí siquiera, hasta haberlo registrado todo repetidas veces, pero inútilmente... ¿Quién puede haberse apoderado del anillo?

—Tampoco lo comprendo yo — objetó el padre—. Dios nos somete a una dura prueba.

—Confieso — dijo la condesita — que vuelvo a casa

con el corazón oprimido. ¡Triste cumpleaños el mío! Cierto es que mi madre, por no hacer desdichada a María, únicamente a mí me ha hablado de este asunto, pero ya no puede ocultarse más lo sucedido. Es preciso que hoy tenga mi madre en su poder el anillo, pues en seguida notaría su falta mi padre, que debe llegar a la capital, y le esperamos a comer. Fué un regalo que hizo a mi madre el día en que yo nací, y ella lo ha lucido



todos los años en día como éste. Mi madre me espera para saber la verdad del caso. Yo le diré que son ustedes inocentes; pero, ¿me creerá?

Triste y llorosa abandonó Amalia la casa de María.

Esta y su padre estaban espantados por lo que podía sobrevenirles. El pobre hombre, sentado en el banco, apoyaba la cabeza en la mano, y con la mirada fija en el suelo, dejaba correr las lágrimas por sus mejillas. María se arrodilló a los pies del autor de sus días, y le dijo toda llorosa:

—¡Oh padre querido! Yo soy inocente, créame.

El padre la levantó del suelo, y después de contemplarla un buen rato, le dijo :

—Sí, María, te creo inocente. Tus ojos no mienten.

En este momento abrióse súbitamente la puerta de la casa, y entraron por ella el juez, el escribano y varios agentes de justicia. María dió un grito, y se asió a los brazos de su padre.

—Sepárense ustedes inmediatamente — ordenó el juez, cuyos ojos estaban encendidos de ira—. Encadenen a la hija y llévenla al calabozo — mandó a los agentes—, y, mientras tanto, pongan a buen recaudo al padre. La casa y el huerto quedan ocupados y vigilados, sin permitir que nadie entre hasta que yo y el escribano la hayamos registrado toda.

Los alguaciles arrancaron violentamente a María de los brazos de su padre y la encadenaron. La pobre muchacha se desmayó, y, a pesar de esto, los alguaciles se la llevaron a rastras.

Cuando salieron a la calle, ya estaba reunida allí una inmensa multitud, pues el robo del anillo se había divulgado por todo el lugar. Alrededor de la casita del huerto había tanta gente como si se le hubiese pegado fuego. Cada cual hacía sus comentarios. Aunque Jacobo y María eran bien quistos de todo el mundo, no faltaron personas que, poseídas de maligna alegría, interpretaban el caso con perversa intención; y esto no era de extrañar, pues el padre y la hija, con su aplicación y ahorros, lo pasaban muy desahogadamente, y eran envidiados de muchos.

IV

MARÍA EN LA PRISIÓN

Cuando llegaron a la cárcel, María volvió en sí de su desmayo, entregándose a la mayor desesperación. Derramó abundantes lágrimas, oró breves momentos, y, por fin, rendida por tantas emociones, dejóse caer so-

bre un montón de paja que había de servirle de lecho en el calabozo, y al poco rato un dulce sueño cerró sus fatigados párpados. Era ya de noche cuando despertó; la obscuridad era absoluta en su calabozo; nada podía distinguir ni saber dónde se hallaba. El desagradable suceso del anillo se le representó como un sueño; al pronto se le figuró estar en su lecho, y ya empezaba a regocijarse, cuando sintió sus manos oprimidas por las cadenas, y el ruido que éstas producían resonó espantosamente en sus oídos. Aterrada, incorporóse en su lecho de paja, y exclamó, cayendo de rodillas:

— ¡Dios mío! ¿qué más puedo hacer sino elevar hacia Ti mis encadenadas manos? ¡Ah! contempla este calabozo, y mírame aquí postrada de hinojos. ¡Tú bien sabes, ¡oh Dios de bondad!, que soy inocente!

En este instante una tenue claridad rasgó las tinieblas del calabozo. Eran los rayos de la luna que, hasta entonces, había estado velada por densas nubes, y que, atravesando la negra reja de su prisión, proyectaba en el suelo las barras de aquélla. María, ayudada por el reflejo de la clara luna, pudo ir reconociendo distintamente las paredes de su prisión, los rojos ladrillos de sus muros, el bloque de piedra empotrado en la pared que servía de mesa, el cántaro y plato de barro puestos sobre la misma, y las briznas de paja que le servían de lecho. Cuando ya pudo distinguir perfectamente los objetos que la rodeaban, María sintió algún bienestar en su espíritu, advirtiéndole con asombro que una fragancia de flores embalsamaba su prisión, y era que aquella mañana había hecho un ramito de algunos capullos de rosas que le habían sobrado del cestillo, y se lo prendió en el pecho.

Cuando se dió cuenta del ramito, exclamó:

— ¡Ah! — dijo — ¿quién hubiera dicho esta mañana, cuando yo cogía en el jardín estos capullos de rosas y estas vellosillas en el arroyuelo, que yo estaría por la noche encerrada en este calabozo?



Los alguaciles arrancaron violentamente a María de los brazos de su padre y la encadenaron. (Pág. 15.)

CANASTILLO.—2

María lloró nuevamente, y sus lágrimas, al caer, humedecían los capullos de rosas, y a la claridad de la luna brillaron como el rocío.

—Quien no olvida las flores — se decía — y las humedece con el rocío y la lluvia, tampoco puede olvidarse de mí. Sí, Dios amantísimo, derrama tu consuelo en mi corazón y en el de mi padre, así como humedeces con el puro rocío del cielo las sedientas flores.

La desgraciada arrojóse de nuevo sobre su lecho de paja, y se durmió tranquila y consolada. Poco después tuvo un hermoso sueño que acabó de alegrarla. Soñaba que estaba paseando, a la claridad de la luna, por un jardinito que le era enteramente desconocido, situado en medio de un escabroso campo poblado de sombríos abetos, pero que a ella le parecía agradable. Jamás había visto tan bella la luna. Las esmaltadas flores del jardinito, iluminadas por aquel suavísimo reflejo, relucían más hermosas y agradables. También su padre la estaba mirando en el lindo jardín. El astro de la noche daba de lleno en su venerable y sonriente rostro. Precipitóse hacia él, y derramó entre sus paternas brazos las más dulces lágrimas.

En esto despertóse la pobre María, y notó que su semblante estaba humedecido por el llanto.

V

MARÍA ANTE EL TRIBUNAL DE JUSTICIA

No bien hubo despertado la joven, entró en su calabozo un alguacil y la condujo ante el tribunal que había de juzgarla. El juez ocupaba un gran sillón forrado de paño carmesí. Hizo a María una multitud de preguntas, y ésta respondió a todas conforme a la verdad. Lloró, lamentóse, protestó de su inocencia; pero el implacable juez le respondía:

—Tú no me harás creer lo imposible. Nadie, sino
CANASTILLO.—2

tú, entró en el aposento de la condesa ; nadie, más que tú, puede tener el anillo : confíésalo.

—Yo no sé nada del anillo — contestaba entre amargos sollozos la desgraciada.

—El anillo — insistía el juez — ha sido visto en tus manos... ¿Qué respondes a eso?

La joven afirmó que era imposible.

El juez tocó la campanilla, y compareció la criada Adela.

Esta muchacha, envidiosa por haber la condesita regalado a María el lindo vestido, y con la malvada intención de privar a ésta del cariño de sus amas, había dicho a la servidumbre del castillo :

—Nadie más que esa pícara tiene el anillo de la señora. Cuando yo la vi bajar la escalera, observé que llevaba un anillo en la mano ; pero ella, al verme, evitó mis miradas. Entonces sospeché, pero no queriendo obrar de ligero callé, creyendo que quizá se lo habían regalado como otras muchas cosas. Si ella lo ha tomado sin permiso de nadie, habrá jaleo, y entonces hablaré. Yo estoy contentísima de no haber entrado en las habitaciones de las señoras. Estas viles, como la gazmoña de María, pueden también excitar sospechas contra otras personas honradas.

Se tomó declaración a Adela, quien debía ratificar su acusación ante el tribunal. Cuando se presentó ante éste, y el juez le dijo que jurase en nombre de Dios decir la verdad, el corazón le latió y le temblaron las rodillas ; mas la depravada mujer atendió a la invitación del juez sin hacer caso a los dictados de su conciencia. La muy taimada pensó : «Si ahora confieso que mentí, me arrojarán de aquí o me encarcelarán.» Así es que insistió en mentir, y descaradamente dijo a María :

—Tú tienes el anillo, yo te lo he visto en las manos.

María quedó espantada, pero sufría la calumnia y no injuriaba. No hacía más que llorar, y el llanto apenas la dejaba proferir estas palabras :

—No es cierto; tú no has visto el anillo en mi poder. ¿Cómo eres capaz de mentir de ese modo, y hacerme tan desdichada, a mí, que ningún mal te he hecho?

Pero Adela, que siempre había sentido hacia María odio y envidia, no se desdijo de su infame acusación. Todavía repitió sus mentiras, añadiendo circunstancias que jamás habían existido, y en seguida, a una señal del juez, fué sacada de la sala.

—Tú — dijo el juez a María — estás convicta del robo, y todas las circunstancias están en contra tuya. La camarera de la condesita te ha visto el anillo en tus propias manos. Ahora has de decir en dónde lo tienes escondido.

María insistió en que no lo tenía; y entonces el juez mandó azotarla hasta hacerle sangre. La desgraciada gritaba, lloraba, imploraba a Dios, repitiendo siempre que era inocente. Pálida, trémula y ensangrentada, reintegráronla de nuevo a su calabozo. Las heridas que le causaron la mortificaban terriblemente y no pudo dormir hasta media noche, y pasó todo ese tiempo llorando, gimiendo y encomendándose a Dios. Al fin el sueño la rindió y pudo descansar. Al día siguiente mandó el juez conducir otra vez a su presencia a la inocente víctima.

Comprendiendo el juez que nada conseguiría empleando con María tanta severidad, en esta ocasión fué más cariñoso, y le dijo amablemente:

—Hija mía: tú te has hecho acreedora a la última pena; pero, si declaras dónde tienes escondido el anillo, no sufrirás ese castigo, los azotes que has recibido serán la única pena que se te imponga, y volverás con tu padre al momento a tu casa. Reflexiónalo bien y escoge entre la vida y la muerte. Mira, yo te quiero bien. ¿De qué te servirá el anillo, cuando caiga a tus pies tu ensangrentada cabeza?

María sostuvo su primera declaración. El juez, habiendo descubierto en ella un grande amor hacia su padre, siguió diciendo:

—Si tú desprecias tu misma vida, piensa en la enanecida cabeza de tu padre. ¿Quieres dejarla caer sangrienta a los pies del verdugo? ¿Quién, sino él, puede haberte aconsejado que negaras tu falta con tanta terquedad? ¿No comprendes, desdichada, que también a él le costaría la vida?

A estas palabras, María se estremeció, y casi se desmayó. El juez le dijo :

—Confiesa que has robado el anillo, y así podrás salvar tu vida y la de tu padre.

—Si yo declarase que tengo el anillo, diría una mentira, y si por una mentira había de salvar la vida, tampoco la diría. Pero, si alguna sangre ha de correr, derramad la mía y respetad la de mi buen padre.

Estas palabras causaron gran sensación en los circunstantes, y conmovieron profundamente el corazón del juez, a pesar de ser éste un hombre austero y riguroso. El representante de la justicia guardó silencio e hizo seña para que otra vez condujesen a María a su prisión.

VI

EL PADRE Y LA HIJA EN EL CALABOZO

La situación del juez era muy embarazosa.

—Han transcurrido ya tres días — decía a la mañana siguiente a su escribano —, y no hemos adelantado un paso. Tenacidad semejante en una joven de tan tierna edad, es un caso inaudito. Pero las circunstancias la acusan; no puede ser de otra suerte; ella necesariamente ha robado el anillo.

El juez volvió por segunda vez a casa de la condesa a informarse nuevamente de los más pequeños detalles; sometió a otro interrogatorio a Adela; trabajó sin descanso todo el día en las piezas del proceso; reflexionó detenidamente cuantas respuestas dió María al ser in-

terrogada, y, finalmente, aquella noche, ya muy tarde, mandó sacar de la prisión al padre de María y que lo llevasen a su presencia.

Cuando el buen Jacobo estuvo ante el juez, éste le dijo :

—A mí se me tacha de hombre severísimo, pero usted no podrá asegurar que en mi vida haya cometido, a sabiendas, ninguna injusticia. Supongo que usted no creerá que yo deseo la muerte de su hija ; pero yo, ateniéndome a los hechos, y ajustándome a las leyes, tengo que aplicarle la última pena. La declaración de la camarera es aplastante. Sin embargo, si apareciese el anillo, el daño quedaría reparado, y la honradez de usted podría favorecer a su hija. Pero, si ella sigue obstinada en negar, suple la malicia lo que le disculpan sus años, y se hace reo de muerte. Véala, pues, Jacobo, y persuádala a que devuelva el anillo, y yo le prometo que entonces, fíjese bien, sólo entonces, se le conmutará la pena de muerte por un ligero castigo. Si nada consigue de su hija, todo el mundo creerá que los dos son cómplices en el robo del anillo. Se lo repito : si la alhaja no parece, las resultas serán fatales.

—Hablaré con mi hija — contestó Jacobo—, aunque yo tengo la seguridad de que ella no ha robado el anillo, ni lo confesará. Sin embargo, lo probaré, y para mí será un gran consuelo volver a ver a mi hija, si, a pesar de su inocencia, ha de morir en el cadalso.

Dicho esto, un alguacil condujo al anciano al calabozo de María, y después de dejar la humeante lamparilla sobre el bloque de piedra que hacía las veces de mesa, abandonó la prisión y cerró tras sí la puerta.

María, que estaba echada sobre su mísero lecho, permanecía con la cara vuelta hacia la pared, y dormitaba. Cuando abrió los ojos y advirtió la débil claridad de la lamparilla, se volvió, y, al descubrir a su padre, exhaló un fuerte grito, levantóse del lecho, produciendo sus cadenas un fúnebre ruido, y, medio desmayada, se le

echó al cuello. Su padre sentóse junto a ella sobre la paja, y la estrechó en sus brazos. Los dos permanecieron callados mucho rato, y sus lágrimas se mezclaban. Por fin, el padre tomó la palabra, explicándole el motivo de su visita; pero su hija le interrumpió, diciendo:

—¡Ay, padre! ¡también dudará usted de mi inocencia! ¡Oh, Dios! ¡Todos, aun mi padre, me tienen por una ladrona! ¡Padre mío, usted no me ha enseñado a robar!

—Calma, hija mía, calma; yo te creo inocente. Si he venido aquí, es porque me lo han mandado.

Padre e hija guardaron silencio. El desgraciado an-



ciano contempló a María. Sus mejillas estaban pálidas, sus ojos encendidos e hinchados de llorar; su espesa y rubia cabellera caía sobre sus hombros con gracioso abandono.

—Pobre criatura — decía Jacobo —; Dios te ha enviado un gran pesar, y temo que muy pronto te sobre-

venga la más grave, la más espantosa de las aficciones... quizá entreguen tu hermosa cabeza al verdugo.

—Eso no me causa ninguna pena, padre querido; pero, ¿su blanca cabeza he de verla caer bajo el filo de la fatal cuchilla?

—No temas, hija mía; nada va conmigo; pero a ti... puede sucederte que...

—¡Oh! — exclamó la joven — si ocurriese lo que usted quiere darme a entender, ¡qué felicidad!... Pero eso no sucederá... De todos modos, no temo a la muerte; voy gustosa acompañada de mi Dios, y en el cielo veré a mi madre. ¡Oh! ¡qué alegría siento!

Las palabras de la joven produjeron profunda impresión en el corazón del padre, que dijo:

—¡Alabado sea Dios, que tan resignada te hallo! Cierto es que es muy duro para un anciano, que pronto abandonará este mundo, para un padre amoroso, perder así la única hija que tiene, su único consuelo... Pero, ¿qué he de hacer? ¡Cúmplase tu voluntad, Dios Todopoderoso!

Los sollozos interrumpieron al pobre anciano, y luego continuó:

—Te lo vuelvo a repetir, hija mía: la malvada Adela ha declarado contra ti. Bajo falso juramento ha asegurado haber visto el anillo en tu mano: su testimonio es tu muerte, si has de ser sentenciada. Pero, ¿no es verdad que tú la perdonas, y que no sientes odio por nadie? ¡Ah! Aquí, sobre este húmedo lecho, en este lóbrego calabozo, cargada de esas pesadas cadenas, eres más feliz que Adela en el castillo de Eichburgo, mimada y considerada por sus señores. Más vale morir inocente como tú, que vivir deshonrada como ella.

El alguacil entró en el calabozo y recordó al anciano que debía salir. María quiso retener a su padre entre sus brazos, pero Jacobo se desasíó suavemente de ellos. La infeliz criatura cayó sin conocimiento sobre la paja.

Nuevamente fué llevado el desgraciado padre ante

la presencia del juez. Al entrar en la sala, exclamó fuera de sí y levantando la mano derecha hacia el cielo :

—¡Juro ante Dios que mi hija es inocente!

—Yo también lo creí al principio — contestóle el juez— ; pero no puedo opinar como usted ni como su hija, sino que debo juzgar según el estado actual de las cosas, y como la ley ordena.

VII

LA SENTENCIA Y SU CUMPLIMIENTO

Tanto los habitantes del castillo como los del pueblo ansiaban saber el fallo de la justicia. Las gentes caritativas temblaban por la vida de María, pues en aquellos tiempos el robo era castigado severamente, y muchos hombres sufrieron la última pena por haber robado una suma de dinero que no llegaba a la vigésima parte del valor del anillo. De todo corazón el conde de Eichburgo deseaba que María fuese declarada inocente ; así es que leyó de cabo a rabo el proceso, conferenció largas horas con el juez, pero inútilmente, pues éste no podía convencerse de la inocencia de María, por cuanto resultaba imposible que ningún otro se hubiera apoderado del anillo. El conde, su esposa y su hija rogaron al juez, con lágrimas en los ojos, que no condenase a María a la última pena. El padre de ésta imploraba día y noche en la prisión a Dios para que por su intervención se reconociese la inocencia de su hija. Esta, cuantas veces oía venir a su carcelero, que le llevaba la comida, creía que venía a anunciarle su sentencia de muerte.

Por último, el juez falló, y la sentencia estaba concebida en los siguientes términos : «María, reo de muerte por el robo cometido por ella y por la contumaz negativa, debe, teniendo en cuenta sus pocos años y su conducta particular irreprochable, ser enviada a perpetuidad a una casa de corrección ; y su padre, que era, o

causante del hecho, o por mala educación, partícipe de la culpa y obstinación de su hija, debe ser expulsado para siempre del condado; y los bienes de ellos vendidos para indemnizar, aunque en pequeña parte, los graves perjuicios que han ocasionado, y para pagar las costas del proceso.» El conde, por su parte, quiso suavizar la sentencia en estos términos: «Padre e hija serán extrañados fuera de los límites del dominio; y, para evitarles la visita de los vecinos, inmediatamente al amanecer del día siguiente serán conducidos fuera del pueblo», y fué aceptada la enmienda.

Cuando María y su padre, conducidos por un agente de la autoridad, pasaban por delante del castillo, salió Adela, y como el asunto, a juicio de la insensible doncella, había terminado del modo que ella deseaba, volvió a recobrar su alegría. Decapitar a María le hubiera parecido castigo excesivo, pero el desterrarla era precisamente lo que apetecía. Siempre temió que María fuese al fin colocada en su lugar, y este recelo quedaba desvanecido. El odio que sintiera por María, su infernal alegría y sus malignas intenciones adquirieron nuevamente todo su poderío. He aquí un hecho que demuestra el profundo rencor que a su inocente víctima tenía. Habiendo visto la condesita Amalia sobre el tocador el cestillo que le regalara María, llamó a su doncella, y le dijo:

—Mira, Adela, retira de mi vista ese cestillo, pues experimento mucha tristeza cuando lo veo.

Adela hizo lo que le mandaban, y guardó el cestillo, pero, al ver pasar a la pobre María por delante del castillo, tomó el cestito de flores, y con aviesa intención se lo presentó a la joven, diciéndole:

—Toma, aquí tienes tu regalo; mi señorita no quiere nada que provenga de tus manos.

Dichas estas palabras, arrojó a los pies de María el cestillo de flores, y volvióse al castillo, cerrando estrepitosamente las puertas. Sin desplegar los labios, la des-

graciada joven recogió el cestillo del suelo, y con los ojos inundados de lágrimas, continuó su interrumpida marcha, volviendo continuamente los ojos hacia la casa paterna, hasta que, por fin, desaparecieron a su vista el castillo y la torre de la iglesia.

Cuando llegaron al límite del condado, el alguacil se despidió de los infelices expulsados. El pobre anciano, fatigado por la pesadumbre y tormento, se sentó en el mojón que indicaba el límite y que recibía la sombra de una encina centenaria.

Jacobo estrechó a María entre sus brazos, y juntando sus manos con las de ella, le dijo, levantándolas al cielo :

—Hija mía, antes que nada, demos gracias a Dios por habernos sacado de aquella sombría prisión, por habernos salvado la vida, y por habernos reunido a los dos.

Después de haber orado, los desgraciados sintieron en sus afligidos corazones un dulce consuelo.

VIII

UN AMIGO EN LA DESGRACIA

En aquel momento escudriñaba el bosque un antiguo cazador del conde, que había servido con Jacobo en el señorial castillo. Ese hombre, que se llamaba Antonio, habíase puesto, antes del amanecer, a la espera de un ciervo, cerca del sitio en donde estaban los pobres expulsados. Al oír la voz del desgraciado padre, se acercó a él, y dijo :

—Dios le guarde, Jacobo ; creía haber oído su voz, y veo que no me he equivocado. ¡ Ay, Dios mío ! ¡ De qué modo le han despedido ! ¡ También es cosa muy cruel tener que abandonar en la vejez la patria querida !

—Toda la tierra que habitamos — contestó Jacobo — es de Dios, y por todas partes reina su amor para

con nosotros. Pero nuestra verdadera patria está allá arriba, en el Cielo.

—Pero — preguntó asombrado el cazador—, ¿le han expulsado así, sin ropa, sin nada?

—¡ El que viste las flores también nos vestirá a nosotros! — contestó el anciano.

—¿Y tampoco llevan ustedes dinero?

—Tenemos la conciencia tranquila, y con eso somos más ricos que si fuese de oro esta piedra en que estoy sentado y yo su propietario.

—Pero — insistió el cazador—, ¿ni siquiera disponen de una modesta moneda?

—Este cestillo vacío que tengo a mis pies es toda nuestra fortuna. ¿Cuánto le parece a usted que puede valer?

—Quizá un duro o dos.

—¡ Ah! ¡ entonces somos ricos — exclamó Jacobo — si Dios me conserva sanos mis brazos, pues en un año puedo hacer por lo menos cien cestitos como éste, y, con cien duros, seguramente nos podremos mantener!

—¡ Alabado sea el Señor — dijo el cazador—, ya que toma usted las cosas así! Pero yo creo que también la jardinería le puede ser muy útil... Y variando de conversación, ¿dónde piensa usted ir?

—Muy lejos, adonde nadie nos conozca, y Dios nos encamine.

—Jacobo — dijo el cazador—, tome este fuerte y nudoso palo que traigo para trepar por aquella montaña, pues ya me cuesta trabajo. Ni siquiera lleva usted un bastón de camino... Además — continuó, a tiempo que sacaba de uno de sus bolsillos una bolsita de cuero—; tome este dinero; es el importe de la leña que vendí anoche en aquella aldea que se ve desde aquí.

—Acepto el bastón — dijo Jacobo—, y lo llevaré como recuerdo de un hombre excelente; pero no puedo aceptar ese dinero, que procede de la venta de leña que pertenece al conde.

—No, honrado Jacobo — insistió el cazador—, no tenga cuidado. Años atrás entregué algún dinero a un pobre hombre que había perdido su vaca y no podía pagar la leña comprada. Ya no me acordaba de semejante cosa, cuando ayer le vi casualmente y me devolvió los cuartos. Este dinero verdaderamente le ha venido a usted como una donación de Dios.

—Entonces lo acepto — contestó, convencido, el anciano—, y Dios quiera recompensárselo en alguna otra cosa — y volviéndose a su hija, le dijo— : ¡Mira, María, cómo Dios viene en nuestra ayuda en el preciso momento en que empezamos nuestra peregrinación! Antes que nos apartásemos de los límites del condado, ya nos ha enviado a nuestro antiguo y buen amigo, que me ha regalado un bastón de camino y nos ha entregado dinero para el viaje.

El viejo cazador, sin poder reprimir las lágrimas, se despidió de los infelices desterrados, diciéndoles, mientras les estrechaba cariñosamente las manos :

—Que Dios les acompañe. Siempre les he tenido por gentes honradas, y aun les tengo por tal. Estoy seguro de que nada malo les ocurrirá, pues la honradez se abre siempre camino ; el que obra bien y en Dios confía, nunca se ve abandonado.

Y con el corazón oprimido, el excelente cazador emprendió el camino de Eichburgo.

IX

EL CALVARIO DE JACOBO Y SU HIJA

Veinte leguas llevaban ya caminando María y su padre, sin encontrar en ninguna parte donde cobijarse. El poco dinero que les dió el cazador se les estaba acabando, a pesar de gastar solamente en lo más indispensable. A tal extremo llegaron los desventurados, que, aunque les repugnaba, tuvieron que pedir limosna.



Como vagaban constantemente por los bosques y montañas sin encontrar ni una miserable aldea, un día se puso malo el anciano. Pálido y sin poder pronunciar palabra, cayó desmayado al suelo. María sintió una angustia indecible, y llena de espanto miró a su alrededor en busca de agua fresca; nada encontró. En vano gritaba: sólo el eco le respondía. En todo lo que alcanzaba su vista, no se divisaba una morada humana; pero María, para poder orientarse, subió a una alta colina. Desde allí descubrió, en el fondo de una hondonada, una casa de labranza, rodeada de campos de mieses a punto de segar, y de verdes praderas. Descendió de la colina, y corrió veloz hacia la casa, y con lágrimas en los ojos imploró auxilio. El labrador y su mujer, ya ancianos, eran muy compasivos, y se enternecieron al ver el desfallecido aspecto y las lágrimas y ansias mortales de la pobre muchacha. La labradora dijo a su marido:

—Engancha el caballo al carrito y vamos en busca de ese anciano enfermo.

El labrador fué a aparejar el caballo y sacar el carro. La labradora colocó en el vehículo dos colchones, un jarro con agua fresca y una botella con vinagre. María tomó del carro el jarro y la botella, y como sabía que el camino carretero que rodeaba la colina era pésimo, y tardaría más de media hora en llegar, siguió a pie el mismo sendero que había traído, con objeto de llegar más pronto adonde había quedado su padre, y poderle ofrecer el agua y vinagre.

Cuando hubo llegado junto a su padre, éste se había recobrado un poco, y estaba sentado al pie de un abeto. El anciano alegróse mucho de ver otra vez a María, a quien con pesar había echado de menos.

Poco después llegó el carrito, colocaron al anciano dentro de él y emprendieron la vuelta a la casa. En ella tenía el labrador, sin que nadie lo habitara, un departamento compuesto de sala y cocina, que cedió al anciano, y en el cual la labradora le arregló un cómodo lecho. María, para estar siempre cerca de su padre, se contentó con ocupar un banco. La enfermedad que aquejaba a Jacobo era debida a la insuficiente alimentación, a dormir sobre el duro suelo y a los sufrimientos del cuerpo y del alma. La caritativa labradora puso a disposición del enfermo todo cuanto poseía. No faltó para el anciano, ni harina, ni huevos, ni leche, ni manteca; también la buena mujer mató algunas gallinas para proporcionar substanciosa sopa al pobre viejo.

Todos los años iban el labrador y su mujer a la fiesta que se celebraba en una iglesia cercana; pero, en esta ocasión, acordaron quedarse en casa, y, con el dinero que había de gastar en la feria, comprar algunas botellas de vino rancio para el enfermo.

María permanecía siempre junto al lecho de su padre, pero no mano sobre mano. Era muy ducha en hacer calceta y coser, y trabajaba sin descanso para la familia de la labradora. Ni un instante permanecía ociosa. La labradora estaba muy satisfecha de su aplicación

y su gran modestia. Los buenos alimentos y el exquisito cuidado permitieron a Jacobo abandonar el lecho al cabo de algunos días. Como nunca había estado ocioso, el padre de María se dedicó a su oficio de construir cestos, a cuyo efecto María le buscaba mimbres y ramitas de avellano. Su primer trabajo consistió en construir, en agradecimiento a la labradora, una linda cesta con sus correspondientes asas, y tuvo buen acierto. La cesta, sólida y elegante, llevaba en la tapa, entretejida con remeros de mimbres encarnados, las iniciales del nombre de la buena mujer y el año; en uno de los costados destacábase una casita rústica hecha con mimbres teñidos de amarillo, gris y verde, y tejidos con paja dos lindos abetos a ambos costados de la casa. Los granjeros quedaron admirados de tan primoroso trabajo, y sobre todo la mujer, que no cabía en sí de gozo por el regalo, agradándole muchísimo la alusión a su granja, a que daban el nombre de *Granja de los Abetos*.

Cuando Jacobo estuvo completamente restablecido, dijo a los labradores :

—Queridos amigos ; ya les hemos dado bastante molestia : tiempo es de que nos marchemos.

Pero el labrador le cogió la mano, y dijo :

—¿Qué le ocurre, querido Jacobo? Yo creo que no le hemos causado ninguna incomodidad. ¿Por qué, pues, quiere marcharse? Usted es hombre discreto, pero su proposición no es juiciosa.

La labradora se enjugó los ojos con el delantal, y añadió :

—No se marche todavía. Estamos ya a principios del invierno ; fíjese en los árboles, que ya casi están sin hojas... ¿Quiere usted volver a caer enfermo?

Jacobo aseguró que deseaba marchar solamente por no serles gravoso.

—Vaya, vaya — contestó el labrador— ; no se preocupe por eso. En la salita que le hemos cedido, usted no nos estorba, y lo que gasta merecido lo tiene.

—María bien se lo gana cosiendo y haciendo medias para mí — añadió la labradora—. Y en cuanto a usted, Jacobo, si quiere dedicarse a los cestos, le proporcionaré mucha parroquia, y pronto tendrá trabajo en abundancia.

Ante la insistencia de los caritativos labradores, Jacobo y su hija resolvieron quedarse en la granja, con gran contento de aquellas buenas gentes.

X

JACOBO Y MARÍA SE CONSIDERAN DICHOSOS EN LA
«GRANJA DE LOS ABETOS»

Padre e hija instaláronse definitivamente en el departamento que hasta entonces ocuparan, y allí podrían vivir a su antojo. Proveyeron la salita con los más precisos muebles, y colocaron ordenadamente en la cocina varios utensilios de barro. María se consideró feliz volviéndose a ocupar en el fogón y condimentar las comidas para su padre. Los dos vivían satisfechos, y mientras Jacobo hacía cestos y María se ocupaba en la calceta o en la costura, tenían sus conversaciones íntimas. Muchas noches pasaban a la sala de delante, donde el labrador y la labradora, con todos los de la casa, oían con gusto los juiciosos consejos o los cuentos instructivos de Jacobo, pasando así muy divertidas las noches invernales.

Lindando con la casa de los labradores había una gran extensión de huerta, que no estaba muy bien cuidada, debido al poco tiempo que podían disponer los labradores, y también porque no entendían mucho de aquella faena. Jacobo se empeñó en convertir aquel descuidado terreno en una excelente huerta, a cuyo efecto hizo sus preparativos en el otoño, y, apenas se derritió la nieve en la primavera, labraba la tierra, ayudado por María, desde por la mañana hasta bien obscurecido. Di-



...el chiquillo se introdujo en el huerto, y asiéndose con ambas manos a un rosal para arrancar las rosas, se hirió lastimosamente con las espinas. (Pág. 33.)

vidió la huertá en bancales, en los que plantó abundante verdura, y a petición de su hija, algunos pies de rosales, cebolletas de azucenas, estaquitas de aurículas y semillas de alhelí y de otras lindas flores.

Muy pronto la huerta se cubrió de una espléndida variedad de legumbres y de árboles frutales de todas clases, todo ello bajo la experta dirección de Jacobo, que volvió a disfrutar de su antiguo buen humor, y hacía nuevamente sus observaciones acerca de las flores y plantas, pero ahora corregidas y aumentadas.

Un día María encontró entre unas zarzas algunas violetas muy hermosas y fragantes, y gozosa se las presentó al autor de sus días.

¡Magnífico! — exclamó Jacobo, al tomar el ramito—. Quien busca, encuentra.

Cierto día llegó a la granja una mujer de la villa para comprar lino a la labradora, y traía consigo un niño de pocos años. Mientras aquélla examinaba el lino y ajustaba el precio, el chiquillo se introdujo en el huerto, y asiéndose con ambas manos a un rosal para arrancar las rosas, se hirió lastimosamente con las espinas. A sus gritos acudieron la madre, la labradora, Jacobo y María.

—También en eso somos nosotros a veces niños grandes. Todo goce está rodeado, como las rosas, de punzantes espinas, y a él nos arrojamos igualmente con ambas manos.

En una fresca y alegre mañana de verano, después de haber estado dos días consecutivos lloviendo, fué María con su padre al huerto, y encontró la primera azucena abierta, y al reflejo del sol, que en aquel momento asomaba por el horizonte, brillaban graciosamente muchas flores. María llamó a la gente de la casa para que viesan florecer las azucenas, y todos quedaron maravillados ante semejante espectáculo. La labradora exclamaba :

—¡Qué hermosa está, qué blanca y clara, qué pura y sin mancha!...

—¡Ojalá — añadía Jacobo, conmovido — los hombres poseyeran un corazón tan limpio y puro! Esto sería un hermoso espectáculo para Dios y sus ángeles; porque sólo un corazón limpio está enlazado con el cielo.

—¡Qué linda está, cómo se alza airosa! — decía el labrador.

—Como un dedo que señala al cielo — contestaba Jacobo—. Las tengo con mucho gusto en el jardín. En todo huerto de labrador debían florecer algunas azucenas.

En una ocasión plantaba Jacobo tiernos brotes en un bancal de la huerta recién cavado, y María arrancaba las malas hierbas en otro bancalito contiguo.

—Este doble trabajo — decía Jacobo a su hija — debe ser la única ocupación de toda nuestra vida. Nuestro corazón es también un jardín, que Dios nos ha dado para que lo cuidemos.

Entre el asiduo trabajo, instructivas conversaciones y muchos inocentes goces, Jacobo y María habían ya pasado felizmente tres primaveras y tres estíos en la *Granja de los Abetos*, y casi habían olvidado por completo sus anteriores penas. Pero, al volver el otoño, Jacobo experimentó un notable decaimiento en sus fuerzas. Ocultólo a María, indudablemente por no proporcionarle un disgusto, pero en sus observaciones acerca de las flores había algo de doloroso que con frecuencia herían el sensible corazón de su hija.

Una tarde contemplaba la candorosa joven una rosa que se había atrasado en abrir sus pétalos, y que lucía, hermosa, en el otoño. María quiso apoderarse de ella, pero las purpúreas hojas cayeron repentinamente entre sus manos, y quedaron esparcidas por el suelo. El padre, que la observaba, le dijo:

—Así es el hombre. En la juventud somos como las rosas recién abiertas, pero también nos marchitamos

pronto como ellas, y nuestra florescencia pasa muy rápidamente.

Un día en que María sembraba semillas en la tierra, su padre le dijo :

—Así también nos enterrarán algún día en la tierra, y con tierra nos cubrirán. Pero consuélate, porque así como en el hoyito en que entierran la simiente comienza ésta a vivir, elevándose después sobre la tierra con la forma de una bella flor, y levantándose como triunfante del sepulcro, de la misma manera saldremos nosotros algún día, bellos y gloriosos de nuestras tumbas... Quiero hacerte, querida María, un encargo para cuando yo muera. Las flores que tú entonces plantarás sobre mi sepultura, te han de servir como símbolos de la resurrección e inmortalidad.

La joven miró a su padre, y de sus ojos brotaron dos gruesas lágrimas. Sobrecogióse, y funestos presentimientos asaltaron su corazón filial.

XI

JACOBO, ENFERMO

Los temores de María no eran infundados, pues, al principiar el invierno, su padre enfermó. Ella suplicó que mandasen llamar al médico del pueblo, e inmediatamente el bondadoso labrador armó el trineo para ir él mismo a buscarle. El médico, que acudió en seguida, después de examinar al enfermo, recetó algunas medicinas. Al marcharse, María le preguntó si confiaba en que su padre se pondría bueno, y el galeno le contestó que no había por entonces ningún peligro ; pero, si se le declaraba la consunción, debido a su edad, no había que pensar en restablecerle. Al oír esto, María sintió morir de pena, y rompió a llorar amargamente.

La excelente hija cuidó a su querido enfermo con todo esmero ; veló junto a él noches enteras, y cuando

las otras personas de la casa querían quedarse por ella para que descansase y no enfermase también, después de muchas instancias, echábase un poco sobre el banco, pero no podía pegar los ojos. Ella misma condimentaba y servía los manjares con amor tiernísimo. Arreglaba su almohada para que estuviese más cómodo, y leía algún libro para distraerle. Continuamente rogaba a Dios por él, y muchas veces, mientras el enfermo dormía un poco, ella se ponía en pie, y con las manos cruzadas y le-



vantadas al cielo, imploraba al Altísimo en estos términos :

—Dios mío, consérvamelo todavía... siquiera unos años más.

Haciendo calceta o cosiendo, muchas veces hasta altas horas de la noche, había hecho sus ahorros ; pero gastó hasta el último céntimo para costear todo cuanto podía proporcionar a su padre algún pequeño consuelo.

El piadoso viejo, ya algo repuesto, aunque no para sentirse completamente bien, pero sí para no sucumbir

a la enfermedad, estaba tranquilo y resignado. Con pasmosa serenidad habló de su muerte ; pero María, llorando copiosamente, le dijo :

—Querido padre, no hable todavía de eso : yo nunca me atrevo a pensar en tal cosa. ¿Qué sería de mí entonces? ¡Ay! su pobre María ya no tendría a nadie en la tierra.

—Vamos, tontuela, no llores — contestóle el enfermo, presentándole la mano— ; tú tienes un buen Padre en el cielo. Contigo queda cuando te sea quitado el padre de la tierra. No me preocupa cómo te mantendrás y ganarás la vida en el mundo. Las aves encuentran su alimento, ¿por qué no lo has de encontrar tú también?

XII

FALLECIMIENTO DEL PADRE DE MARÍA

Cuando la enfermedad de Jacobo se agravó más, María dirigióse inmediatamente a Erlenbrunn, a cuya parroquia pertenecía la *Granja de los Abetos*, y enteró al párroco de la gravedad del enfermo. El sacerdote, noble y respetable eclesiástico, visitó desde aquel día, casi diariamente, al paciente, sosteniendo con él edificantes conversaciones, y también dirigía palabras de consuelo a la pobre María.

Poco a poco se iba acercando el último día del honrado Jacobo. Los granjeros le amaban como su mejor amigo, y bendecían la hora en que había venido a su casa ; le hicieron todo el bien que pudieron. Continuamente, durante el día, entraban en la salita para enterarse de su salud. María siempre les preguntaba :

—¿No creen ustedes que aun puede restablecerse?

Un día la labradora le respondió :

—¡Hija mía, su padre no pasará del tiempo en que brote la hoja de los árboles!

Desde entonces, María miraba recelosa al huerto,

asomándose por la ventana. Antes sentía alegría cuando se aproximaba la primavera ; pero ahora observaba con indecible pena brotar las primeras hojitas del grosellero y las abultadas yemas de los árboles, y oía con espanto los alegres trinos del pinzón.

—¡ Dios Santo ! — decía — : todo resucita de nuevo y toda la naturaleza espera : solamente mi padre no tiene esperanza. Con todo, según las palabras de Jesús, no muere enteramente, sino que sólo se despoja de esta vestimenta de polvo, y allá arriba empezará a gozar de una nueva y placentera vida.

A Jacobo le agradaba mucho que su hija le leyese a menudo, lo cual hacía con dulcísima voz y lentamente. En los últimos días de su enfermedad, nada oía con más gozo que las postreras palabras del Salvador. Una noche María velaba, como de costumbre, junto a su lecho. La salita apenas estaba alumbrada por una lamparilla.

—María — dijo su padre—, vuélveme a leer la hermosa oración de Jesús.

La joven encendió una vela y leyó lo que Jacobo deseaba. Cuando terminó, díjole el enfermo :

—Dame ahora el libro, y aproxima la luz.

María le alargó el libro, y le alumbró.

—Esta será la última oración que rece contigo, hija mía.

Y el moribundo, señalando una página del libro, empezó a recitar con desmayada voz la siguiente plegaria :

«Supremo Señor : yo ya he abandonado este mundo, pero en él queda mi hija por algún tiempo todavía. Confío en que me recibirás en tu seno. Presévala, Santo Dios, de la corrupción. Mientras yo he estado con ella en el mundo, procuré, en nombre tuyo, apartarla del mal ; pero ahora yo parto hacia Ti. Mantenla en tu santa verdad ; Padre, concede a esta hija que me has dado, el favor de reunirse a mí allá en el cielo. Amén.»

María, de pie junto al lecho de su padre, lloraba des-

consoladamente, mientras con trémula mano sostenía la vela, y sollozando repetía : «Amén».

—Sí, hija mía — continuó el moribundo—, allí veremos a Jesús en su gloria, que Dios le ha dado antes de la creación del mundo : allí también volveremos a vernos.

El enfermo recostóse nuevamente en la almohada para reposar un poco, sin dejar de la mano el libro, que era el Nuevo Testamento.

—Amada hija — continuó el anciano, después de un breve descanso— ; te doy también las gracias por el mucho cariño que me has mostrado en esta mi última enfermedad. Tú has guardado fielmente el cuarto mandamiento. Por lo bien que te has portado conmigo, cree, María, que te irá bien, aunque te quedes pobre y desamparada en este mundo. Nada más puedo darte que mi bendición, y este libro, si tú lo lees con aplicación y sigues sus consejos, será para ti un tesoro inmenso. Si yo te dejase más escudos que flores y hojas nacen en la primavera, ni con toda esa fortuna podrías comprar una cosa mejor, pues en este libro está la palabra de Dios, que tiene la virtud de hacer dichosos a todos los que en ella creen. Todas las mañanas, puesto que para ello, si hay voluntad, se puede tener tiempo en medio de las penas y tareas, lee por lo menos una máxima y reténla durante el día en tu corazón para meditarla. Oye esta máxima que dice : «Considerad los lirios del campo», me enseñó más que cuantos libros leí en mi juventud. Además, sirviómeme de manantial de mil inocentes goces, y en medio de las aficciones que con tanta frecuencia han llenado de inquietudes a mi alma, siempre me conservó el ánimo sereno y alegre.

A las tres de la madrugada, Jacobo dijo a su hija :
—María, me siento mal ; abre un poco la ventana.

La joven hizo lo que su padre le mandaba. La luna había ya desaparecido en el ocaso ; pero las estrellas lucían esplendorosamente.

—¡Qué bello está el cielo, hija mía! — dijo el padre—. ¿Qué son las flores que produce la tierra comparadas a aquellos cuerpos luminosos que alumbran el firmamento? Allá iré yo ahora. ¡Oh! ¡qué contento estoy! ¡Vive religiosamente para que tú también vayas algún día allí!

Dichas estas palabras, Jacobo dejó caer suavemente la cabeza sobre la almohada, y expiró dulce y venturosamente. María creyó que era un desvanecimiento, pues nunca había visto a nadie agonizar, y nadie tampoco hubiera creído tan próximo el fin del piadoso Jacobo. La joven se espantó al ver la inmovilidad de su padre, y a sus gritos acudieron los habitantes de la casa. Cuando María comprendió que su padre ya no existía, se arrojó sobre aquel cuerpo inanimado, besando su pálido semblante.

—¡Oh padre querido! — decía la desventurada—; ¿cómo podré pagarte lo que has hecho conmigo? ¡Ah! es imposible. Yo te doy gracias por aquellas palabras y aquellos buenos consejos que me diste. Con sincero reconocimiento beso tu helada y yerta mano, que tantos beneficios me dispensó, que tanto se encallecieron en el trabajo por mí, y que en mi niñez también me castigó paternalmente. Ahora reconozco lo mucho que me quisiste castigándome, y cuán saludable me fué. Gracias, gracias por todo, y perdona si yo te disgusté con pueriles liviandades. ¡Oh Dios! ¡recompénsale el amor que me tuvo! ¡Ah! ¡Si yo pudiera ahora morir y enviar mi alma en pos de ti! Haz, oh Dios, que cuando llegue mi postrer instante, muera tan santamente como este justo.

Los que presenciaban aquella triste escena lloraban sinceramente. Por fin, la labradora, después de muchos ruegos, consiguió apartar a María del lecho de su padre; pero, como no consintió que se opusieran a sus últimos deberes para con el difunto, a la siguiente noche veló constantemente, hasta el amanecer, junto al

cadáver, llorando y rezando. Antes que cerrasen el ataúd, contempló largo rato a su querido padre.

— ¡ Ah ! — decía — ¡ ya no veré más tu venerable rostro !... ¡ Adiós, adiós, padre querido ! Que tus huesos reposen dulcemente, después que, según confío, el ángel de Dios ya habrá transportado tu espíritu a la mansión de los justos.

La pobre huérfana formó un ramito con un tallo de romero y violetas azules, y lo colocó entre las manos del devoto jardinero, que tanto había sembrado y plantado.

— Estas flores tempranas que acaban de resucitar — dijo María — sean emblema de tu venidera resurrección, y este romero, siempre verde, el símbolo de mi constante y tierno recuerdo tuyo.

Por fin llegó el instante de transportar el cadáver a la última morada. María, con un vestido de luto que una caritativa muchacha del lugar le había prestado, iba detrás del féretro. El semblante de la infortunada joven estaba pálido como el de una muerta, y los habitantes de la aldea se compadecían de la pobre huérfana, que quedaba sin padres y desamparada.

Como Jacobo era forastero en Erlenbrunn, se le dió cristiana sepultura en un ángulo del cementerio y contiguo a la pared del patio de la iglesia. Hacíanle sombra dos grandes abetos. El párroco pronunció una sentida oración fúnebre, glosando estas palabras de Jesús : « Cuando las simientes del trigo caigan en la tierra y no se corrompan, ningún fruto producen ; pero si se corrompen, dan una cosecha abundantísima ». Refirióse, hablando del difunto, al modo cómo éste había soporado con resignación y paciencia sus males, y ofrecido a cuantos le vieron un hermoso ejemplo que imitar. Dirigió palabras de consuelo a la contristadísima huérfana, dió las gracias, en nombre del difunto, a los generosos labradores por el desinteresado cariño que habían mostrado al mismo, y les exhortó a que sirvieran de padres a la desamparada huérfana.

María, siempre que iba a la parroquia de Erlenbrunn a oír misa, y cuando podía por las tardes, visitaba la sepultura de su padre, y, con lágrimas en los ojos, rezaba y decía :

—En ninguna parte como aquí puedo rezar con tanta devoción. Para mí el mundo ya no existe ; conozco que pertenecemos a otro mundo mejor que éste, y esto excita en mí un vivo deseo de ir a aquella patria.

XIII

NUEVOS PESARES AGOBIAN A MARÍA

Desde la muerte de su padre, María estuvo continuamente triste. Ella creía que las flores habían perdido sus vivos colores, y los abetos de la granja le parecían tan negros como si vistiesen de luto. Cierto es que el tiempo mitigó el dolor de la pobre muchacha, pero pronto sufrió nuevos pesares.

Después de la muerte de Jacobo, los asuntos de la *Granja de los Abetos* cambiaron completamente. Los dueños de ella cedieron la granja a su hijo único, hombre honrado y trabajador ; pero la mujer de éste, dotada de gran hermosura y mucha riqueza, a más de estar envanecida de su belleza, no se gobernaba por más impulso que el dinero. La soberbia y la avaricia poco a poco se retrataron con tal vehemencia en su fisonomía, que su hermosura se alteró, ofreciendo un aspecto muy ruin. Si sabía que alguna cosa agradaba a sus suegros, procuraba no complacerles, y hasta contaba los bocados que comían los pobres ancianos. Estos se retiraban a una habitación interior, y pocas veces iban a las que habitaba la orgullosa nuera, que tampoco trataba muy bien a su joven esposo, pues era muy grosera con él y le echaba en cara el gran capital que ella había aportado al matrimonio. A su esposo no le agradaba pasar todo el día en altercados y pependencias, y tomaba el par-

tido de callar y sufrir. Ella se disgustaba cuando su esposo visitaba a sus ancianos padres, pues temía, como ella solía decir, que les entregase secretamente alguna cosa. Con el corazón apenadísimo, y sólo de noche, después de terminado el trabajo, se atrevía el buen muchacho a hacer un rato compañía a sus padres. Estos, casi siempre tristes, se sentaban juntos en el banco.

—Sí, sí — decía el anciano labrador—, así es. Tú, esposa mía, te dejaste fascinar por el mucho dinero, y tú, hijo mío, te prendaste de su hermosura, y yo fui condescendiente a vuestros ruegos. Por eso nos vemos ahora castigados unos por otros.

También la pobre María sufrió bastante. Por orden de la joven ama de la casa, tuvo que desocupar la salita que ocupaba, para cedérsela a los pobres viejos; y aunque había libres otras dos lindas salitas, con aviesa intención la obligó a que ocupase la más miserable habitación de la casa; le ocasionaba todo género de disgustos, atormentándola sin compasión. Todo el día la estaba riñendo, diciendo que María nunca trabajaba bastante, ni hacía bien las cosas. La pobre huérfana comprendía que era despreciada y molesta en la casa. Los viejos poco o ningún consuelo podían dar a la desgraciada muchacha. Con frecuencia le asaltaba la idea de marcharse; pero, ¿adónde iría?

Pidió consejo al párroco, y éste le dijo:

—Hija mía, yo te aconsejo que no permanezcas más tiempo en la *Granja de los Abetos*. Tu buen padre te educó esmeradamente y te hizo aprender cuanto es necesario para el gobierno de una casa; pero en la granja te exigen un trabajo que sólo puede soportar una robusta aldeana. Esto no quiere decir que te marches inmediatamente, no; lo mejor que puedes hacer por ahora es continuar en la granja, trabajar lo que puedas, rogar a Dios, y esperar hasta que te libre de tu estrechísima situación, pues no es cosa que vayas con paso incierto por el mundo. Yo procuraré encontrarte una co-

locación en casa de una familia muy cristiana y honrada de la población.

María agradeció el consejo del buen sacerdote y prometió seguirlo.

Para la huérfana, el rincón de la tierra más querido era la sepultura de su padre. Junto a ella había plantado un pie de rosal, y, cuando acudía allí para rezar, decía sollozando :

—Si yo pudiera estarme aquí siempre, regaría con mis lágrimas esta plantita, y pronto produciría bellas flores.

No tardó mucho tiempo en que el rosal creciera lozano y en abrirse los tiernos capullos.

—¡ Cuánta razón tenía mi padre — decía María — cuando comparaba la vida humana a un rosal ! A veces está mustio y sin hojas, sin ofrecer a la vista más que espinas ; pero, cuando menos se espera, viene una época en que se cubre de verdes hojas y ostenta bellísimas flores.

XIV

MARÍA ES ARROJADA A LA CALLE

Era el 25 de julio, día del santo de Jacobo. Entre las muchas penas que María hubo de sufrir, fué la de este día, que hasta entonces había sido para ella de júbilo ; pero aquel año, al penetrar en su cuarto la naciente aurora, ya la encontró llorando. En los años anteriores, siempre había proporcionado en tal día alguna alegría a su padre, ya haciéndole un regalo que ella misma había preparado sin que nadie se enterara, ya confeccionándole algún manjar exquisito, ya obsequiándole con alguna botella de vino, y adornando con flores la mesa. Los labradores de la comarca, en días memorables, tenían la costumbre de adornar con flores las tumbas de los amigos, y solían pedir flores a María, quien se

las daba gustosamente. También a ella se le ocurrió la idea de adornar con flores la sepultura de su padre. Sacó de su baúl, en donde la tenía guardada, la linda cestita que dió el primer motivo a su fatal desgracia, la llenó de lindas flores, y con ella se fué, una hora antes que se comenzase la misa, a Erlenbrunn, y la depositó sobre la sepultura de su inolvidable padre, sin abrigar el recelo de que nadie quitase las flores o el cestito. Los aldeanos, cuando pasaban por allí, contemplaban el cestito de flores con regocijo mezclado de dolor, bendecían a la piadosa hija, y deseaban para el virtuoso padre el descanso del cielo.

Al día siguiente, mientras los criados de la *Granja de los Abetos* transportaban el heno de las inmensas praderas de la otra parte del bosque, faltó una pieza de lienzo fino que habían tendido al sol en el huerto. La labradora joven, que fué la primera que notó la falta, siendo suspicaz como todos los avaros, pensó al momento en María. El buen Jacobo había contado a los ancianos labradores lo que les ocurrió con el anillo. El hijo de éstos, que estaba presente, se enteró del caso, y cometió la imprudencia de contarlo a su mujer. Aquella noche, cuando la huérfana con su rastrillo a la espalda y un cántaro en la mano, entró con las zagalas en la casa, salió a su encuentro la joven, y, furiosa como una sierpe, trató a María con los términos más groseros, y exigiéndole la inmediata devolución de la pieza de lienzo.

María objetó que nada sabía de la tela, pues había pasado todo el día, como todos los trabajadores de la casa, ocupada en la siega del heno, y que quizá, mientras la labradora cocinaba, habría podido muy fácilmente apoderarse del lienzo alguna persona extraña. Y, en efecto, así había sucedido; pero la labradora gritó con descompuesta voz:

—Tú, ladrona, ¿crees que yo ignoro que robaste el anillo, y a duras penas te salvaste de las manos del



...cuando la huérfana con su rastrillo a la espalda y un cántaro en la mano, entró con las zagalas... (Pág. 45.)

verdugo? ¡Vete inmediatamente de mi casa! Yo no doy albergue a gentuza como tú.

El marido de aquella fiera dijo:

—Pero, mujer, ¿y a estas horas la vas a echar a la calle? Déjala que se quede esta noche.

—Ni un momento más — exclamó la rabiosa mujer—, y tú cállate, o te pongo una mordaza.

El marido convenciéndose de que, disputando, aun empeoraría la cosa, y calló.

María no se defendió de la calumnia; hizo, con lo poco que tenía, un pequeño lío, se lo puso bajo el brazo, y con lágrimas en los ojos dió las gracias por todo el bien que le habían dispensado en la *Granja de los Abetos*, protestó nuevamente de su inocencia, y pidió autorización para que la dejaran despedirse de los buenos viejos.

—Anda — replicó la labradora joven — a despedirte de ellos ; y si quieres llevarte a ese par de vejestorios, me harás mucho favor.

Los pobres ancianos habían ya oído el alboroto, y lloraban. Sin embargo, consolaron a María lo mejor que pudieron y diéronle para el camino algunos escudos, único capital que tenían.

—Parte, querida niña — le dijeron — y el Señor te acompañe. La bendición de tu padre es un tesoro oculto para ti, que también se te descubrirá a su tiempo. No nos olvides ; de todo corazón te deseamos muchas prosperidades.

Ya anocheado, la pobre niña, con su lío debajo del brazo, tomó por la inclinada senda de herradura que va hacia la colina del bosque, pues quería visitar nuevamente el sitio donde estaba enterrado su padre. Precisamente al salir del arbolado tocaron las campanas de la villa la Lora de queda, de modo que cuando entró en el cementerio, era ya bien entrada la noche. No le causó ningún miedo encontrarse en medio de aquella obscuridad y rodeada de sepulcros. Llegó a la tumba de su padre y allí rezó, derramando abundantes lágrimas.

—¡ Oh Dios santo, mi bondadoso Padre celestial, dirige tu penetrante mirada hacia esta pobre huérfana desamparada, que llora sobre el sepulcro de su padre, y compadécete de ella ! Cuanto mayor es el apuro, más próximo está siempre tu socorro. Llévame a tu lado, donde están mis padres, o envíame no más que un átomo de consuelo para mi desfallecido corazón.

Después de reflexionar un momento, se decía :

—Y ahora, ¿ qué determinación tomaré ? ¿ hacia dónde dirigiré mis pasos ? Es ya muy tarde, y no me atrevo a pedir hospitalidad en ninguna casa. Cuando refiera el motivo por el cual se me ha despedido, quizá me negarán la entrada en todas partes.

Miró en torno suyo y vió, contra el muro del cementerio, y arrimado a la sepultura de su padre, un vetusto

mausoleo medio derruido. Su inscripción apenas podía leerse. Algunas de las piezas de piedra yacían en tierra.

—Me acostaré sobre esta piedra — dijo la joven—, pasaré la noche junto al sepulcro de mi padre. Quizá sea esta la última vez que venga aquí a visitar esta querida tumba. Mañana, antes de despuntar la aurora, emprenderé el camino que Dios me tenga señalado.

XV

SOCORRO CELESTIAL

María recostóse en una de las piedras del derruido monumento, bajo la lóbrega sombra de las ramas de los abetos, y cubrió su rostro con su pañuelo empapado con sus lágrimas. Su pecho estaba hondamente agitado, y había orado con tanto fervor, que no hay palabras para expresarlo.

—¡ Oh Padre celestial — sollozó por última vez la cuitada—, envíame un ángel que me indique el camino que yo deba tomar!

En aquel momento le pareció oír una voz cariñosa que la llamaba familiarmente por su nombre, diciendo : «¡ María ! ¡ María !» Abrió los ojos y quedó asombrada. Una hermosa figura, como la de un ángel, con ojos que brillaban con celestial alegría, mejillas coloreadas de un suavísimo carmín, más hermosa que la flor del granado, espléndida y dorada cabellera que caía sobre sus espaldas, y llevando un largo vestido de inmaculada blanca y bañada por los rayos de la luna, se presentó ante María. Esta, sobrecogida de vago temor, arrodillóse y exclamó :

—¡ Oh Dios misericordioso ! ¿ qué es lo que veo ? ¿ Es un ángel del cielo que viene en mi ayuda ?

—Querida María — respondióle cariñosamente la aparición—, no soy ningún ángel del cielo, sino una



...se presentó ante María. Esta, sobrecogida de vago temor, arrodillóse y exclamó: (Pág. 48.)

criatura humana como tú. Dios ha oído tu ruego, y vengo a socorrerte... Mírame bien. ¿No me conoces?

—¡Dios eterno! — exclamó María—. Sí, es usted, condesa Amalia... ¿Cómo se encuentra aquí, en este horrible lugar, a estas horas de la noche, y a tantas leguas de su morada?

Amalia, pues, en efecto, era la condesita, levantó cariñosamente del suelo a María, la estrechó entre sus brazos, y, después de besarla, le dijo:

—Querida y buena María, hemos cometido contigo una gran injusticia. La alegría que me proporcionaste regalándome aquel lindo cestillo, te fué mal recompensada; pero tu inocencia está ya probada... ¿Perdonarás a mis padres y a mí? Ahora queremos repararlo todo, si nos es posible. Perdónanos, querida María.

—No diga eso, noble condesa — replicó la huérfana, llorando—; en aquellas circunstancias, aun obraron ustedes con nosotros muy consideradamente. ¡Ah! jamás se me ocurrió tener contra usted ningún resentimiento. Una sola cosa me causaba profunda pena, y era que usted y sus padres me creyesen perversa e ingrata. Yo deseaba con vehemencia que algún día usted reconociese mi inocencia, y ahora Dios me ha satisfecho aquel deseo. Gracias le sean dadas.

La condesa tuvo a María largo rato estrechada entre sus brazos. Después dirigió una mirada a la sepultura de Jacobo, cruzó las manos, y exclamó con acento de tristeza:

—¡Oh tú, buen Jacobo, a quien amé desde mi tierna infancia; tú, que meciste mi cuna en muchas ocasiones, y cuyo último presente en el aniversario de mi natalicio fué el cestito ese que está sobre tu tumba! ¿por qué no vives todavía para que yo pudiera ver tu semblante e implorar tu perdón por los sufrimientos que te ocasionamos? ¡Ah! Si hubiéramos obrado con más reflexión, y tenido más confianza en tu lealtad, jamás puesta en duda, tú, honrado y digno servidor nuestro, no ha-

brías dejado aquí tu cuerpo ; vivirías aún y morirías rodeado de nosotros. ¡Oh ! perdónanos. Aquí junto a este lugar en que descansas, y en nombre de mis padres, yo prometo que, ya que no podemos enmendar nuestro yerro, repararemos la injusticia que con tu hija se cometió. ¡ Ah ! perdónanos, perdónanos.

— ¡ Oh, noble condesa ! — objetó la hija de Jacobo—, nunca abrigó mi padre la menor animosidad contra sus señores. Todas las mañanas y tardes, cuando rezaba, recordaba a ustedes en sus oraciones, como lo hacía en Eichburgo, y también los bendijo al tiempo de morir.

La angelical condesita no podía reprimir las lágrimas, y, por último, dijo :

— Ven, María, siéntate aquí junto a mí en esta piedra. Aun no me decido a separarme de esta sepultura, pues aquí reina tanta intimidad como en el templo de Dios, y en este lugar nos protege todavía la bendición de tu padre.

XVI

POR QUÉ LA CONDESA AMALIA ENTRÓ EN EL CEMENTERIO

La condesita, después de sentarse en la piedra con la huérfana y echádole su brazo al cuello, dijo :

— Querida María : es cosa patente que Dios no te abandona, pues me ha guiado hasta aquí para socorrerte. Ahora te referiré cómo ha pasado esto. En cuanto se descubrió que tú no eras culpable, mis padres enviaron a buscaros por todas partes, pero inútilmente. Hace dos días que vine con mi padre al castillo que el príncipe posee en el bosque, no lejos de la villa, y cuya mansión hace veinte años nadie la ha visitado, y en la cual vive únicamente un guardabosque. Mi padre, que, como sabes, es superintendente de aguas y bosques, ha venido aquí para ventilar un litigio sobre los lindes de los bosques del príncipe. Lé acompañaban dos señores

forasteros y por dicho motivo debían pasar todo el día en el bosque. Mi madre, las esposas y las hijas de dichos señores, iban a representar esta noche una comedia, sólo por afición, y yo estaba contenta de no tomar parte en ella, pues no me agradan estos recreos. Después de una mañana muy calurosa, presentóse la tarde fresca y placentera. Al declinar el sol por detrás de las montañas, quedé admirada del espléndido panorama que se presentó a mi vista. Era tan nuevo esto para mí, y tanto me agradaron aquellos pintorescos lugares, que me aventuré a pedir permiso a mis padres para dar un corto paseo. Accedieron a mis deseos, y acompañada de la hija del guarda, atravesamos la villa, y, al llegar frente el cementerio, vimos abiertas las puertas. Entramos. Siempre he tenido afición a leer las inscripciones y versos de los sepulcros. Quedaba hondamente impresionada cuando leía que un joven o doncella habían muerto en la más bella flor de su vida, y experimentaba una especie de triste alegría si la inscripción explicaba que aquel difunto, fuese hombre o mujer, había llegado a una edad avanzada.

»Después de haber recorrido varias calles del cementerio, la hija del guardabosque me dijo: «Señorita, ahora le enseñaré la sepultura de un pobre hombre que, aunque no tiene inscripción alguna, el amor de su hija sabe adornarla con mucha gracia. Allí está, bajo la opaca sombra de los abetos, junto a aquel florido rosal, y sobre el montón de tierra un lindo cestito de flores.» Fui al sitio que se me indicaba, y quedé paralizada. Reconocí al punto aquel cestito, del cual millares de veces me había yo acordado después de tu destierro de Eichburgo. Toméle en mis manos y lo examiné; era el mismo, pues aun cuando de momento hubiera podido dudar, las iniciales de mi nombre y mis armas me hubieran sacado de dudas. Me informé acerca de ti y de tu padre. La muchacha que me acompañaba me refirió vuestra permanencia en la *Granja de los Abetos*, la úl-

tima enfermedad de tu padre y tu hondo pesar por su muerte. Inmediatamente me dirigí a casa del párroco, que por cierto es una bellísima persona, según pude observar. Este buen señor me lo confirmó todo, y me contó de vosotros mucho y muy bueno. Quise ir en seguida a la *Granja de los Abetos*, pero con la narración del párroco había pasado tan rápidamente el tiempo, que ya era muy de noche. «¿Qué debo hacer? — me pregunté—: hoy es demasiado tarde para ir a la granja, y mañana, al amanecer, hemos de partir.» Ante esta incertidumbre, el buen párroco llamó al sacristán y le encargó que fuese inmediatamente a la granja y te trajese a la parroquia. «¿Se refiere usted, señor párroco — preguntó el sacristán—, a la muchacha forastera?... Pues no hay necesidad de ir a buscarla tan lejos. En este momento está orando junto a la sepultura de su padre.» Al oír esto, el párroco se brindó a acompañarme al cementerio, pero yo le rogué que me dejase venir sola para poderte saludar sin testigos, y le supliqué que, entre tanto, fuese a decir a mis padres dónde me encontraba y anunciar tu llegada. De esta suerte, querida María, me aparecí ante ti, y por disposición de Dios, el cestito de flores nos ha reunido de nuevo aquí, cerca de la sepultura de tu padre.

—Realmente — dijo María, cruzando las manos y dirigiendo miradas de reconocimiento al cielo—, Dios ha dispuesto esto así. Compadecióse de mis lágrimas y desahogo. Existen gentes que aseguran que Dios no envía ya ningún ángel para socorrer a los desgraciados, pero ahora veo por experiencia que aun manda ángeles, almas generosas y compasivas que se complacen, como la condesa Amalia, en hacer bien a los desdichados. Sí, Dios dirigió sus pasos hacia este lugar, donde su presencia encantase y consolara como la aparición de un ángel.

—Aun, querida María—interrumpió la condesita—, debo decirte lo que más me impresiona en esta historia y

me hace comprender la intervención de la divina Justicia, que, a veces, sin darnos cuenta, dirige nuestros destinos. Adela, la mayor enemiga que tú tienes en la tierra, en lo único en que pensaba era en desviarte de mi corazón y tener bien asegurado su puesto en casa. Para conseguir esto, concibió la malvada mentira; y su perverso proyecto resultó, al parecer, completo; pero, más tarde, como tú sabrás, aquella misma mentira fué causa de que perdiese para siempre toda nuestra confianza y su plaza, y que tú fueses merecedora de nuestro cariño. Ella trató de alejarte de mí para siempre, y lo consiguió con tu destierro perpetuo; satisfecha de su maldad, te arrojó a los pies y con escarnio ese cestillo; pero justamente aquella indignación, cosa en que ella no pudo pensar, ha sido la causa de que, andando el tiempo, volvamos a reunirnos otra vez para no separarnos más; porque ese cestillo ha sido, sin duda alguna, el medio que me ha descubierto tu ignorada mansión. Así queda probado que ningún enemigo puede causarnos ningún mal si amamos exclusivamente a Dios, por cuanto que El, al fin, convierte en nuestro bien todo lo malo que puedan acarrearlos los hombres perversos, y de esta suerte nuestros más cruentos enemigos ponen los cimientos de nuestra dicha en todo aquello que inventan para causar nuestra ruina. La salvación viene del enemigo, y con esto paga... Mas ahora, mi buena María, te toca a ti contarme cómo es que vienes tan tarde al cementerio, y por qué ahora mismo llorabas con tanto desconsuelo.

María refirió la manera tan ignominiosa con que fué expulsada de la *Granja de los Abetos*.

La condesita quedó asombrada, y dijo:

—Sí, Dios lo ha dispuesto así para que yo viniese aquí precisamente en el momento en que con lágrimas en los ojos implorabas su protección. En esto mismo ves confirmado lo que acabo de decirte, que Dios hace redundar en nuestro provecho el mal que nos causan nues-

tros más implacables enemigos. Aquella malvada labradora te ha expulsado de su casa pensando hacerte infeliz ; mas, sin saberlo ni quererlo, te ha arrojado a los brazos de mis padres y a los míos para hacerte dichosa. Pero ahora—continuó Amalia—, tiempo es de que abandonemos estos lugares ; mis padres me aguardan. Ven, pues, querida María, ya no te dejaré apartar de mi lado, y mañana emprenderás el viaje en nuestra compañía.

María, a cuya mente acudió la amarga idea de tener que abandonar aquellos lugares, quizá para siempre, no quería separarse de la sepultura de su padre. Al fin, la condesa la asió dulcemente por el brazo, y le dijo :

• —Vámonos, querida amiga, y trae contigo el cestillo para que te haga recordar constantemente a tu querido padre. En vez del cestillo que tus filiales manos colocaron como adorno sobre su tumba, mandaremos erigirle un monumento más duradero, de lo que ciertamente te alegrarás. Vamos ; tú tendrás deseos de saber la historia del anillo : por el camino te la contaré.

Y cogidas del brazo, las dos jóvenes encamináronse hacia el antiguo castillo.

XVII

CÓMO SE ENCONTRÓ EL ANILLO

Para llegar al castillo había de recorrerse una larga y sombría calle de gigantescos y vetustos tilos. Después que Amalia y María, poseídas de la más apacible emoción, habían andado una corta distancia, la condesita dijo :

—Amiga mía ; voy a referirte cómo se encontró el anillo. Este año hemos emprendido el viaje más pronto que otras veces, desde la capital a Eichburgo, y por cierto fué a principios de marzo, precipitadamente, por exigirlo así los asuntos de mi padre. Apenas hubimos llegado, el tiempo empeoró otra vez, y especialmente una

noche en que se desencadenó una horrible tempestad de viento y agua que duró hasta el amanecer. Tú te acordarás de aquel corpulento peral de nuestro jardín en Eichburgo. Ya estaba casi viejo y producía escasos frutos. La tempestad había batido con tanta violencia aquella noche, que estuvo a punto de troncharlo. Mi padre, temiendo una desgracia, dió orden de que al día siguiente lo derribaran, como así se hizo. Mis padres,



mis hermanos y casi toda la servidumbre del castillo, bajamos al jardín para presenciar el derribo.

»Cuando el árbol se derrumbó, produciendo gran estrépito en su caída, mis dos hermanos corrieron a él inmediatamente para ver un nido de chovas que había en el peral y que desde mucho tiempo excitaba su curiosidad. Examinaron el nido cuidadosamente, y Augusto exclamó: «¡Caramba! ¿no ves, hermano, lo que relumbra entre las rendijas del nido?» «Sí — afirmó Alberto —, veo una cosa que reluce como el oro». Mi doncella Adela, llevada de la curiosidad, miró y lanzó un

grito : «¡Jesús me asista ! ¡ése es el anillo !» Así exclamó y quedó como petrificada... Los niños sacaron el anillo de entre las ramitas del nido, y, dando gritos de alegría, se lo entregaron a mi madre. «Sí, sí, es el mismo—afirmó ella—. ¡ Ah, honrado y buen Jacobo ! ¡ ah, pobre María ! ¡ cuán injustamente os hemos tratado ! Cierto que me causa gran satisfacción el haber encontrado el anillo ; pero más satisfacción tendría si encontrase a Jacobo y María. Con mil amores cederé el anillo a fin de reparar el pesar que les causamos.» «Pero, ¿ cómo es posible — pregunté — que el anillo lo hayan escondido en el nido de pájaros, sobre lo más elevado de la copa del peral?» «Yo lo explicaré — dijo el cazador Antonio, quien lloraba de alegría al ver patente vuestra inocencia— : Claro está que ni Jacobo ni su hija María pudieron ocultar aquí el anillo. El árbol era demasiado alto, y, por lo tanto, era imposible que ellos trepasen hasta la cima ; además, tampoco se les dejó el tiempo necesario para ello, porque apenas María abandonó el castillo, se la encarceló, así como a su padre. Pero las chovas, a las que llama la atención todo objeto que brilla, siempre que pueden recoger algo que hiera su vista, se lo llevan al nido y allí lo esconden. Ahora ya queda explicado que alguna de esas aves hurtó el anillo y lo trajo aquí». A esto contestó mi madre : «Tienes muchísima razón, Antonio, y ahora lo comprendo todo, pues recuerdo que los pájaros venían a veces volando desde lo alto del peral a la ventana, que ésta estaba precisamente abierta cuando desapareció el anillo, y la mesita en la cual estaba la alhaja estaba arrimada a la ventana, y yo, después de haber cerrado la puerta de mi aposento, estuve un largo rato en la pieza contigua. Indudablemente una de aquellas aves rapaces vió con su vista perspicaz, desde el árbol, el anillo, y, sin que nadie se diera cuenta, se lo llevó en el pico.»

»Mi padre quedó perplejo al obtener tan inesperada y completa certeza de que tú y tu padre habíais sido

sentenciados siendo inocentes. Así es que dijo: «Me contrista en extremo que tan grave injuria hiciéramos a aquellas buenas gentes, y no estaré tranquilo hasta que hayamos encontrado a aquellos inocentes y haberles restituído su honor robado, y reparado por completo el agravio que se les causó.» Después fijó su vista en Adela, quien se había quedado pálida y trémula como una criminal, en medio de los alegres semblantes que la rodeaban, y le dijo: «¡Embustera, calumniadora! ¿cómo osaste mentir a tu señor y al tribunal contra aquel honrado anciano y su pobre e inocente hija? Llévensela de aquí — gritó a los dos alguaciles que habían presenciado el derribo del árbol—. Encadénenla en la misma forma que hicieron con María, y arrójenla en el mismo calabozo en que ella gimió. Se le aplicará el mismo número de azotes que hicieron sufrir a aquella inocente, y, por último, en la propia forma que ahora está, será expulsada de la comarca por los mismos alguaciles que condujeron a María.» Los testigos de esta escena, al oír estas disposiciones, palidecieron y guardaron silencio, pues jamás habían visto a mi padre tan colérico, ni oído-le hablar con tanta vehemencia.

»Después de un prolongado silencio, cada cual expresó sus ideas y sentimientos. «Bien merecido te está — decía uno de los alguaciles, mientras asía por el brazo a Adela—. Muchas veces el cazador cae en la misma trampa que armó.» «Estas son las consecuencias que trae el ser embustera», añadía el otro alguacil. «Vamos, vamos — intervino el leñador, que llevaba sobre el hombro su hacha—, confiemos que, a lo menos, ahora será una buena mujer, pues, de lo contrario, le irá muy mal en el otro mundo. Del árbol que no da buen fruto — añadió, levantando en alto el hacha—, se hace leña y se echa al fuego.»

»La noticia de haberse encontrado el anillo se extendió por todo Eichburgo, y de todas partes acudieron muchas gentes al castillo. También acudió el juez, a

quien afectó mucho lo acaecido; y aunque contigo se portó con mucho rigor, no obstante es un hombre muy íntegro, que cuenta una larga vida de probidad y justicia. «La mitad de mi fortuna y aun toda ella — dijo el digno magistrado, con un acento que penetró en nuestros corazones — daría porque no hubiera intervenido en este asunto. Triste cosa es condenar al inocente.» En seguida dirigió la vista hacia las personas allí reunidas, y, en alta voz, dijo: «Dios es el único juez que jamás yerra, ni puede ser engañado por nadie. Sólo El, que todo lo sabe, no ignoraba cómo el anillo se había extraviado, y de El únicamente era conocido el sitio donde ha permanecido hasta ahora oculto. Los jueces de la tierra se equivocan fácilmente, y por desgracia muchas veces la inocencia tiene que sucumbir, y el vicio se lleva la victoria. Mas, en esta ocasión, Dios, Juez de las cosas ocultas, que un día premiará a los buenos y castigará a los malos, ha dispuesto que aquí en la tierra sea reconocida la inocencia y quede descubierta la maldad. El horrible huracán que ayer noche hizo estremecer el castillo debió sacudir el viejo peral para que amenazase ruina; una abundante lluvia debió limpiar el nido de las aves para que el anillo apareciera con toda su brillantez a la vista de todos; los señores condes precisamente debieron estar en aquellos momentos en el castillo, y, por disposición de Dios, ser testigos de la corta del árbol; los condesitos, alegres e inocentes criaturas, que no podían descubrir el anillo, lo han encontrado; la misma Adela, falsa acusadora, ha debido ser la primera en proclamar en voz alta la inocencia de María. Casos como éste, tan portentosos, han solido acontecer. Dios, que ciertamente en el otro mundo revisará en su día todos los procesos a la vez y sentenciará conforme a la verdad sobre el derecho de cada cual, ya haya sido reconocido en vida o después de muerto, también permite que en este mundo sucedan a veces tales cosas para que los hombres dirijan la vista hacia El,

al gran Juez de allá arriba, que no puede ser sorprendido por nadie, y a fin de que los hombres, con las frecuentes injusticias que pasan aquí en la tierra, tengan fe en la justicia eterna, soberana y que todo lo premia.»

»En estos enérgicos términos se expresó el juez, y las gentes le escucharon atentamente, dándole la razón y retirándose a sus casas muy pensativos. Tal es, querida María, la historia del hallazgo del anillo.»

Cuando Amalia terminaba esta narración, las dos jóvenes llegaban a las puertas del antiguo castillo.

XVIII

CÓMO LAS BUENAS PERSONAS REPARAN UN AGRAVIO

Entretanto, los condes y las personas de su amistad se habían reunido en el gran salón de ceremonias del castillo, adornado suntuosamente. Las paredes de la sala estaban cubiertas por ricos tapices, representando escenas de caza, bordados con gran primor, y que, a pesar de los años transcurridos, se conservaban aún intactos, y sin que hubiesen perdido sus abigarrados colores.

Hacia ya un buen rato que el venerable párroco estaba en el salón, y contaba la historia de Jacobo y María a toda la tertulia, que le oyó con religioso silencio. Refirió los hechos del piadoso anciano con tal ternura y emoción; trazó con tan bellos rasgos los elevados pensamientos y particular conducta del pobre padre durante su estancia en la *Granja de los Abetos*; expuso tan claramente el gran respeto, amor y adhesión del antiguo servidor para con sus señores, virtudes que no descubrieron en él ni en su hija, debido únicamente a las más extrañas e incomprensibles circunstancias; pintó con tan vivos colores el indecible amor de María hacia su padre, su filial cuidado, infatigable laboriosidad, religiosidad, paciencia y humildad; citó ejemplos tan hermosos, que cuantos le escuchaban de-

ramaban lágrimas de ternura, y especialmente la madre de Amalia, que no pudo disimular lo mucho que sufría en aquel momento.

En esto entró en el salón la condesita Amalia dando a María una mano, y trayendo en la otra el cestito de flores. El conde la tomó cariñosamente de la mano, y dijo :

—¡ Pobre niña ! ¡ qué pálida y demacrada estás ! Mi indiscreto proceder ha robado a tus mejillas sus bellos colores y surcado de arrugas tu juvenil y despejada frente ; perdónanos. Procuraremos que las pálidas rosas de tus mejillas florezcan de nuevo. Nosotros te arrojamus de tu casa paternal, pero, desde este instante, será de tu propiedad. Sí, yo te regalo la linda casita de Eichburgo con su hermoso huerto, de la cual tu padre obtuvo solamente el usufructo, y hoy mismo extenderá mi secretario la escritura de donación, que mi hija Amalia pondrá en tus manos.

La señora condesa la estrechó en sus brazos, la llamó su hija, y sacándose del dedo el anillo, que ya llevaba puesto antes que compareciese la huérfana, y que tantos sufrimientos causó a María, le dijo :

—Querida niña, tu inocencia y virtud son, sin duda alguna, una joya de más valor que el grueso y claro diamante de esta sortija. A pesar de que tú posees otras riquezas de más valor, no rehuses esta piedra preciosa como una débil reparación del agravio que te hicimos, y como una prenda del cariño maternal que te profeso.

Al pronunciar estas últimas palabras, la noble señora introdujo el anillo en el dedo de María.

La pobre huérfana estaba asombrada de tantas atenciones, y próxima a rendirse con su enorme peso. No podía hablar, y deseando únicamente llorar, no quiso aceptar nada.

Uno de los presentes dijo :

—Acepta, simpática niña, el obsequio que te hacen. Dios ha concedido grandes riquezas a los señores con-

des, y también les ha dotado de un gran corazón, que es el máspreciado de los tesoros, para emplear de la mejor manera esas riquezas

—Señor barón — contestóle la condesa—, déjese de lisonjas; lo que hemos hecho ha sido una insignificancia. No pretendemos que eso sea ningún mérito, pues cumplimos únicamente con un deber de justicia.

La pobre María, toda modestia y humildad, permanecía en pie, teniendo en su trémula mano el anillo que se había sacado del dedo, y con lágrimas en los ojos miraba al señor cura, como preguntándole qué debía hacer.

El venerable párroco, que comprendió los deseos de la joven, le dijo:

—Conserva el anillo, María. Los señores condes obran noblemente y no lo aceptarían. Este acontecimiento ha sido un patente ejemplo de la posibilidad de convertirse una sospecha en perfecta certidumbre. Sirva también esto de ejemplo para demostrar cómo las personas generosas reparan bellamente sus pasadas precipitaciones. He aquí, honrada criatura, cómo Dios recompensa tu amor filial.

Con lágrimas de reconocimiento, la huérfana volvió a colocarse el anillo en el dedo, y apenas podía expresar su gratitud. Amalia, que con el cestito de flores en la mano estaba junto a María, quedó contentísima de que sus padres obrasen con tanta largueza.

XIX

UN HECHO MÁS, DIGNO DE RECORDARSE EN ESTA HISTORIA

La condesa dió orden para que sirviesen la cena, y suplicó al párroco y a María que se sentasen a la mesa. Mientras rezaban, pues a la sazón era loable costumbre establecida en todas las familias antes de las comidas, María experimentó una íntima y fervorosa sensación. «¡Dios mío! — pensaba—, ¡cuánto era mi pe-

sar, y qué desanimada estaba cuando, después de un rudo trabajo, y sin haber cenado, era arrojada de la *Granja de los Abetos!* ¡y cómo podía yo imaginarme que casi a la misma hora se me preparaba una cena en este castillo y entre estos nobles señores! ¡Cuántas gracias te doy, divino Señor, por tus cuidados!

María fué colocada en la mesa entre la señora condesa y su hija Amalia. Con virginal timidez la pobre huérfana rehusaba ocupar aquel honorífico puesto; pero la señora condesa la tomó por la mano y la condujo al lugar que le había señalado.

Mientras duró la cena, casi no se habló de otra cosa que del triste calvario de la huérfana.

El conde, al venir al castillo, trajo consigo al anciano y honrado cazador Antonio, como sujeto inteligente en montería. Este fiel criado siempre ayudaba a servir en la mesa a su amo, más bien por gusto que por obligación; pero aquella noche, en vez de estar cerca de su amo, estuvo casi constantemente detrás de la silla de María. Su mucha edad y fidelidad le autorizaban para permitirse, de vez en cuando, dirigir algunas palabras; así es que dijo a la joven:

—¿Verdad, María, que se ha cumplido cuanto yo le decía a usted y a su padre cuando nos detuvimos en la piedra que indica el límite del bosque? La honradez siempre se abre paso, y quien confía en el Altísimo no se ve abandonado. Ahora sólo falta una cosa, y es que su padre, mi antiguo y honrado compañero de juventud, estuviese participando de este día de júbilo.

—Alabo sus sentimientos, buen anciano — intervino el párroco —, pues verdaderamente honran su corazón. Pero jamás debemos reducirnos a contemplar esta vida, la cual no es sino una parte insignificante, la más pobre de nuestra existencia. Este mundo no es más que la antesala de otro mundo, y esta vida la preparación a una segunda vida, a otra mejor en el Cielo.

—Opino como usted, querido párroco — dijo la con-

desa al tiempo que se levantaba y le presentaba la mano.

Los convidados manifestaron la misma opinión de la señora de la casa, y abandonaron la mesa.

—Ya es muy tarde, señores — observó la condesa—, y como hemos de partir mañana muy temprano, debemos retirarnos para descansar un poco. Separémonos, pues, con la firme intención de no olvidar jamás los hermosos sentimientos que ha inculcado en nosotros el señor párroco... Creo que no habríamos podido emplear mejor el día de hoy.

XX

UNA VISITA A LA «GRANJA DE LOS ABETOS»

Al día siguiente, muy temprano, se hacían en el castillo los preparativos para la marcha. La condesita Amalia atendía cariñosamente a María. Esta, en Eichburgo, se había vestido como vestían las hijas de los sirvientes, según era costumbre; pero, como durante su permanencia en la *Granja de los Abetos* fué adquiriendo otros vestidos, no quería presentarse ante nadie mejor ataviada, y por eso vistióse a la sazón como las aldeanas de aquel país.

Una de las señoritas forasteras, de la misma edad de María, le regaló, a ruegos de Amalia, un traje completo casi nuevo y muy bonito. María se opuso a vestir aquel hermoso vestido; pero Amalia le dijo:

—Déjate de escrúpulos; después te lo pondrás. Desde ahora eres mi amiga e inseparable compañera, y, por lo tanto, es preciso que vistas de distinta manera. Además, aquí no sorprenderá a nadie que adoptes un vestido mejor.

Las camareras compitieron en vestir y adornar con sumo gusto a María, y poco después la acompañaron a la gran sala, donde ya estaba servido el almuerzo. Al pronto, todos miraron con asombro a aquella joven tan bella que iba entre las dos camareras; pero luego reconocieron

a María, la saludaron con sumo júbilo, y la felicitaron por aquel cambio en su persona. Terminado el almuerzo, subieron inmediatamente al coche que los esperaba, y María tuvo que sentarse al lado de Amalia, frente a los padres de ésta. Por el camino el conde se informó detalladamente de los buenos campesinos, y María manifestó también al conde que la situación de los ancianos labradores era muy precaria.

La llegada del coche a la *Granja de los Abetos* produjo enorme sensación a los habitantes de ella, pues quizá desde su fundación no se había detenido allí ningún vehículo de esa clase.

Cuando el coche se detuvo a la puerta de la casa, la labradora joven salió precipitadamente, diciendo para sí :

—Debo recibir y ayudar a bajar del coche a los señores que lo ocupan.

Mas, al tomar la mano de la huérfana para que bajase, reconoció en ella a María.

—¿Qué diablos es esto? — exclamó en su grosero lenguaje, retirando vivamente su mano, como si la hubiese picado una víbora.

En aquel momento el anciano labrador trabajaba en la huerta, y allí se dirigieron el conde, la condesa y Amalia. Le saludaron afectuosamente, alabaron su caritativa conducta para con María y su padre, y le dieron por ello las más expresivas gracias.

—Señores — dijo el honrado labrador— ; más tengo que agradecer al pobre Jacobo que él a mí ; pues cuando vino a mi casa, la bendición de Dios entró en ella, y si yo hubiera seguido sus consejos, otra cosa sería de mí. Desde que murió el padre de esta niña, mi única alegría ha sido este jardín, y aun esto debo agradecerlo a sus sabios preceptos, pues de él aprendí a reservarme este pedacito de tierra, así como el arte de cultivarla. Aquí trabajo, pues ya no tengo fuerzas para dirigir el arado, y entre plantas y flores busco las alegrías que en mi casa no puedo encontrar.



—¿Qué diablos es esto? — exclamó en su grosero lenguaje, retirando vivamente su mano... (Pág. 64.)

María penetró en el interior de la casa en busca de la anciana labradora para presentarla a los condes, y durante el trayecto le aconsejó que no se inmutara, pues en su vida la buena mujer había hablado con personas de tanto rango. La bondadosa anciana acercóse trémula y atemorizada, y fué recibida por los condes con grandes muestras de consideración y aprecio.

Los dos ancianos estaban cohibidos y derramaban lágrimas de gozo. El labrador dijo a María :

—¿No te había dicho, hija mía, que tu amor filial sería recompensado por Dios? Mira cómo se ha cumplido mi profecía.

La vieja labradora, cuya cortedad iba desapareciendo, dijo a la joven, al tiempo que palpaba la tela del hermoso vestido que llevaba puesto :

—Tu padre tenía razón cuando decía : «Aquel que viste a las flores, también cuidará de vestirte.»

Pero la labradora joven, que permanecía de pie, distanciada del grupo, decía para sí :

—¡Qué jocoso es todo eso ! ¡ La pordiosera convertida en una señorita de la primera nobleza ! ¿ Quién lo hubiera creído ? Ahora ninguno de nosotros se atreverá a relacionarse con ella ; pero ya sabemos quién es, y que ayer tarde, con su liño debajo del brazo, emprendió el camino por aquella cuesta a mendigar por el mundo.

El conde, aunque no oyó aquellas malévolas palabras, comprendió por el aspecto y alejamiento de aquella mujer, que estaba dotada de malos sentimientos. Así es que se dijo : « esa mujer debe de tener un corazón perverso ». Después, dirigiéndose al anciano labrador, le dijo :

—Voy a hacerle una proposición. La pequeña hacienda que el padre de María cultivaba en Eichburgo se la he regalado a ésta, pero ella, durante algún tiempo, no pondrá casa. ¿ Quiere usted marcharse de aquí ? Seguramente le conviene, pues ya sé que María no le exigirá ninguna renta. Allí podrá usted distraerse con las plan-

tas y flores, y en aquella primorosa vivienda encontrará reposo y contento para su vejez.

La esposa del conde, su hija Amalia y María insistieron para que los buenos ancianos aceptaran la proposición del conde, lo que consiguieron al fin, pues aquellas pobres gentes deseaban salir de aquel infierno.

En esto llegó del campo el labrador joven, deseoso de conocer la causa a que obedecía la presencia en su granja de un coche de cuatro caballos blancos lujosamente enjaezados. Luego que se enteró de lo que allí pasaba, y de la proposición que hizo el conde a sus ancianos padres, sintió un gran consuelo en dejar partir a los autores de sus días, porque le causaba honda pena verlos atormentados por su propia esposa y, sobre todo, porque mejorarían de condición.

La labradora joven demostraba en su semblante el gozo que experimentaba porque se llevaban a sus suegros. El conde prometió que enviaría a buscar a éstos cuando estuviesen hechos los preparativos necesarios, y en seguida subió otra vez al coche con sus acompañantes, y prosiguieron el camino.

XXI

QUÉ MÁS SUCEDIÓ EN LA «GRANJA DE LOS ABETOS»

El noble conde cumplió lo que había prometido. Un día se detuvo un coche ante la *Granja de los Abetos* para llevarse a los ancianos granjeros. El hijo de éstos, al separarse de ellos, lloraba de pena; en cambio, su mujer, que estaba impaciente porque llegase ese momento, sintió una alegría inmensa por verse al fin libre de ellos; pero este gozo se convirtió en amarga decepción, cuando el cochero le presentó una providencia firmada en que se le ordenaba, bajo pena de embargo, pagar cada trimestre, en buena moneda, la cantidad que se estipulase para la manutención de los suegros.

Al enterarse de esto, la malvada mujer, tan furiosa como contrariada, dijo :

—Mal me ha salido la combinación, porque, si se hubieran quedado aquí, nos habrían sido menos costosos.

A la mañana siguiente los dos buenos ancianos emprendieron el viaje, deseándoles su hijo todo género de ventura, y maldecidos interiormente por su nuera.

Pero aun acaeció a la malvada esposa cuanto merecido tenía por su odio a los padres de su esposo y cuanto suele suceder a los avaros e inhumanos ; y he aquí cómo : había colocado su dinero en casa de un mercader, que montaba una fábrica y le había prometido pagar mil escudos de interés ; pero el negocio del mercader quebró y lo embargaron, lo cual fué un rudísimo golpe para ella, que desde aquel día ya no tuvo una hora de sosiego, pensando en sus pérdidas y en la manera de recuperarlas.

Por fin, pudo conseguir, en vez de sus diez mil escudos, algunos centenares de ellos, y entregóse de tal modo a la desesperación, que enfermó. Su marido quiso llamar al médico de la ciudad más cercana, pero ella se lo prohibió terminantemente. En esta ocasión, el esposo se revistió de carácter y llamó al médico ; pero la mujer, encolerizada, tiró por la ventana la medicina que le recetara el galeno.

El párroco de Erlenbrunn la visitó durante su enfermedad, aconsejándola cariñosamente ; pero aquel espíritu rebelde se encolerizó aún más. Con ojos desmesuradamente abiertos, miraba al buen sacerdote, y replicaba :

—Déjese usted de sermones, pues yo, tal como soy, me considero bastante buena, porque jamás falté al oficio divino ningún domingo, y tampoco descuidaba rezar diariamente. Siempre he sido trabajadora y caritativa... Ahora desearía saber de qué otra manera se puede ser ; yo creí que usted me tenía por la persona más devota de toda la parroquia.

El respetable párroco se vió precisado a explicarse con menos rodeos, con objeto de inclinarla a mejorarse. Le demostró claramente que ella amaba aún el dinero, y que esta codicia, mal entendida por ella, era una verdadera idolatría. Además, le dijo claramente que, con su avaricia y mal carácter, había causado continuos sufrimientos a su esposo, despedido cruelmente a la pobre huérfana María, y hasta a sus ancianos suegros, a quienes debió respetar y querer como a sus propios padres; que ella, a pesar de su redondeada fortuna, jamás había favorecido con un almud de trigo a los necesitados, no obstante tener encerradas en la troj muchas fanegas; que ella, por su criminal avaricia, había sacrificado su gran capital, con el que tantas obras de caridad podía haber llevado a cabo; que carecía de la principal prenda de un cristiano, cual es el amor a Dios y al prójimo; que sus visitas frecuentes a la iglesia para asistir al oficio divino, si bien son un deber de todo cristiano, de nada le podrían servir, puesto que con ellas no había mejorado, y que sus plegarias, emanadas de un corazón desprovisto de amor, no podían ser aceptadas por Dios.

Pero la irascible mujer no dejó que continuase sermoneándole el celoso párroco, y empezó a exclamar con descompuestos modales:

—¡ Soy la más desventurada de todas las criaturas, y nadie absolutamente puede tolerarme; pero nunca hubiera creído que mi director espiritual pudiese ser uno de mis mayores enemigos! Yo no le he hecho ningún mal para que me odie tanto y me considere tan malvada.

Afligido el buen sacerdote, tomó el sombrero y bastón y se marchó.

Aun tuvo mucho que padecer la joven labradora. Noches enteras las pasaba con frecuentes accesos de tos, sin querer, por avaricia, gastar unas gotas de vino o una taza de substancioso caldo, y en todos sus males no hallaba consuelo alguno, ni tenía energía para armarse



Affligido el buen sacerdote, tomó el sombrero y bastón y se marchó. (Pág. 68.)

de paciencia y resignarse a la voluntad divina. El párroco esforzóse lo indecible para ponerla en mejor camino. En los postreros días de su vida, mostróse más condescendiente, y dió muestras de arrepentimiento; pero el sacerdote dudaba aún de ese cambio. Al fin sucumbió en la más bella edad de su vida, ofreciendo un ejemplo patente de que los bienes temporales suelen proporcionar al hombre más desdichas que felicidad.

XXII

UN TRISTE ACONTECIMIENTO MÁS

Ya hemos dicho que los condes se habían llevado consigo a María a la capital.

Una mañana llegó al palacio un respetable sacerdo-

te, y se hizo conducir a presencia de María, pues, según él, tenía que darle un recado.

Cuando la joven estuvo en su presencia, le dijo que una persona que estaba muy enferma y muy próxima a la muerte, deseaba, antes de fallecer, hablar con ella, pues, de lo contrario, no moriría tranquila.

María se extrañó de aquel recado, y consultó a la condesa sobre lo que debería hacer. La condesa conocía al sacerdote y sabía que era un varón muy piadoso y sabio, y aconsejó a María que fuese con él, acompañándola el viejo Antonio, a instancias del mismo eclesiástico.

Mucho tuvo que andar la joven antes de llegar a uno de los sitios más apartados del arrabal, hasta que, por fin, entró en una casa de muy lóbrego aspecto y de estrechísima escalera. Subió diez escalones, de los cuales los dos últimos eran tan oscuros y ruinosos, que a María le causaron seria inquietud. Entonces el sacerdote se detuvo ante una puerta, hecha de tablas delgadísimas y claveteadas, y dijo a la joven :

—Aquí es.

María entró en una miserable buhardilla, y al fijarse en el lecho, creyó ver, no una persona, sino un esqueleto, que se movió, empezó a hablarle con tenebrosa y ronca voz, y le alargó una mano arrugada y seca como un pergamino. María temblaba de pies a cabeza. Por último, a pesar de las borrosas facciones de la enferma, que era la que yacía en el camastro, la huérfana adivinó que aquella horrible figura era... Adela; Adela que, cuando la conocimos en el castillo de Eichburgo, era tan bella como una rosa.

La infeliz enferma, enterada por el eclesiástico de que María estaba en la ciudad con los señores, la hizo llamar para pedirle perdón por lo que le aconteció con el anillo, y no quiso dar antes su nombre, recelando que María no acudiese a su llamamiento.

La bondadosa huérfana derramó abundantes lágrimas, y se deshacía en protestas, asegurándole que desde

hacía mucho tiempo la había perdonado, y sólo sentía por ella la más íntima y dolorosa compasión. Y para probarle que era cierto lo que decía, quiso abrazarla y besarla; pero el sacerdote gritó espantado:

—¡Deténgase, María! ¡El virus de esa enfermedad es contagioso!

—¿Pues qué enfermedad padece? — preguntó, espantada, María.

El eclesiástico bajó los ojos y no contestó; pero la enferma exigió que ningún secreto se guardara, pues, aunque había sido tan desdichada, su desgracia podía servir aún de escarmiento para otros.

Entonces el sacerdote tomó la palabra, y dijo a María con triste acento:

—¡Ah, querida niña! Esta enfermedad es la consecuencia de una vida crapulosa, que desfigura el más hermoso semblante. Aun es usted joven, y muchos le dirán que es bella. Acuérdesse, por tanto, de este ejemplo toda su vida. Vea aquí cuán desgraciado hace el pecado. La memoria de este horroroso espectáculo puede preservar a usted.

María volvió a casa muy contristada, y no pudo comer, pensando en el triste cuadro que había presenciado.

A pesar de todo el mal que le hizo Adela, María rogó a la condesa que no abandonara a la infeliz enferma, y la caritativa señora le envió un médico, alimentos, ropas y todo lo que pudiera hacerle falta. De nada le sirvieron a la enferma las bondades de la noble dama, pues la infeliz pecadora, martirizada por terribles dolores, abandonada casi por todos por el horrible aspecto y hedor de podredumbre que despedía su cuerpo, murió a los veintitrés años de edad, en la soledad más espantosa.

XXIII

UN AGRADABLE ACONTECIMIENTO

A la primavera siguiente, cuando los campos lucen su verde alfombra y las flores embalsaman el ambiente con sus suaves perfumes, el conde, con su esposa e hija, se trasladó a Eichburgo. También les acompañaba María, que tomó asiento en el coche, al lado de Amalia, como siempre acostumbraba. Cuando a la caída de la tarde llegaron cerca de Eichburgo, y María divisó a lo lejos, a la mortecina claridad del sol poniente, la torre de la iglesia, el castillo de los condes y su casa paterna, sintió oprimírsele el corazón y no pudo contener las lágrimas.

— ¡ Ah ! — decía — cuando me marché de Eichburgo, ¡ cómo podía imaginar que había de volver otra vez !

Cuando el coche se detuvo ante la puerta del castillo, toda la servidumbre estaba esperando la llegada de los condes para recibirlos y saludarlos. También María fué acogida con grandes muestras de cariño, y todos atestiguaron su regocijo al verla de nuevo, y la felicitaron por haberse reconocido su inocencia. Hasta el anciano juez le tomó la mano y le pidió perdón ante todos los circunstantes. Después dió las gracias a los condes por haber reparado generosamente la injusticia ocasionada, y aseguró que también él, por ser el mayor causante de aquella injusticia, pondría de su parte todo lo posible para expiar aquella falta.

Al día siguiente de su llegada al castillo, María se levantó muy temprano, y, asomándose a la ventana, contempló extasiada aquellos contornos que evocaban tan tristes recuerdos. Después, vistiéndose apresuradamente, emprendió el camino hacia la casa paterna, para visitarla y contemplar su querido huerto. Salieron a recibirla a la puerta del huerto el labrador y su mujer ; la

saludaron afectuosamente, y le refirieron lo satisfechos que allí vivían.

—Cuando usted estaba sin albergue — dijo el labrador a la huérfana, con lágrimas de alegría—, la recibimos en una choza, y ahora que nosotros hemos sido expulsados de nuestra morada, usted nos da esta hermosa habitación para terminar en ella tranquilamente nuestra vejez.

María entró en la casa, y al ver la salita y el sitio



donde en otro tiempo su padre se sentaba, sintió honda tristeza. Recorrió el huerto, y acarició con trémula mano los árboles que su padre había plantado, pero muy particularmente el manzanito, que a la sazón estaba cuajado de hermosas flores.

—¡ Ah ! — decía la huérfana — ; ¡ qué breve es nuestra existencia en la tierra ! El hombre perece, y los árboles y las plantas le sobreviven.

Sentóse a la sombra de la enramada donde había pasado tan felices horas con su padre. Al dirigir sus mi-

radas al huerto, que aquél había cultivado con el sudor de su rostro, le pareció estarle viendo allí entregado a su trabajo. Tributo a su memoria algunas piadosas lágrimas; y, ya más serena y consolada, pensó en que él ya se encontraba en otro mundo mejor, y allá recogía lo que aquí había sembrado.

Llegó otra primavera, y María, como siempre, pasaba algunas semanas en el castillo al lado de Amalia, honrada y querida de todos. Una mañana en que las dos jóvenes estaban junto a la mesita de labor, ocupadas afanosamente en acabar un vestido, entró en el aposento, muy ceremoniosamente, el juez, vestido (cosa extraña, pues era día de trabajo) con un traje color grana y con peluca recién empolvada. Amalia y María se miraron asombradas. El juez les dijo que venía para hacer a María una proposición importantísima. Y, dirigiéndose a la huérfana, empezó manifestando que su hijo Federico le había declarado el día antes que, sintiendo por ella gran afecto por su noble corazón, se consideraría feliz casándose con ella. Y que si Federico nada le había dicho a ella, fué porque, como buen hijo, quería asegurarse primero del consentimiento paternal.

—Este matrimonio — prosiguió el juez, con los ojos humedecidos por tiernas lágrimas — me es tanto más agradable, por cuanto así puedo reparar, en parte, la injusticia que había cometido contigo, mi querida María, y las muchas horas de pesar que te ocasionara.

El juez guardó silencio y aguardó a que la joven le contestara.

María quedó sorprendida con aquella proposición, sin saber al pronto qué debía contestar.

El hijo del juez era un mozo muy aventajado, que había terminado su carrera con brillante éxito, y adquirido grandes conocimientos en la Universidad. Sus costumbres eran irrepreensibles, poseía un corazón muy noble, modales muy finos y amables, y, además, una bella presencia. Varias veces, desde su vuelta a Eichburgo,

había hablado con María en el jardín del castillo del conde, al cual solía bajar con el noble señor después de comer; y esto no era de extrañar, pues el protector de María le había mostrado siempre gran predilección.

María presentía también que el hijo del juez sentía por ella cierta inclinación, y abrigaba el pensamiento de que, si llegara a ser su esposa, sería muy feliz con él. Mas ella no abrigó en su corazón estas ideas; era modesta, y creía que sus deseos no debían aspirar a tanto. Así, pues, tuvo mucho cuidado de no alimentar inclinación alguna, que de nada hubiera servido sino para turbar su reposo, y desde entonces evitó discretamente encontrarse con Federico en el jardín del castillo.

Aunque la proposición del juez era conforme a sus deseos, creyó prudente no declararse inmediatamente; y con virginal decoro, encendido el rostro y entrecortadas palabras, dió a entender que la tenía confusa aquella proposición tan honrosa, y pedía tiempo para pensarlo, pues también debía pedir consejo a los señores condes, quienes hacían las veces de padres.

El prudente juez quedó satisfecho de las palabras de la joven, y se retiró muy complacido. No dudaba que el proyectado matrimonio sería del agrado de los condes. Así es que inmediatamente fué a ver a dichos señores para hablarles del asunto, y fué oído con sumo placer.

—Mi querido juez — dijo el conde—; la noticia que nos da usted es muy agradable. Mi esposa y yo ya habíamos hablado muchas veces de eso, y opinábamos que su excelente hijo y la muy amable María congeniarían perfectamente; pero nosotros nos guardábamos de darlo a conocer, pues temíamos que creyesen que nuestro deseo era una orden; pero ahora sentimos gran satisfacción al ver que nuestros deseos se hayan cumplido sin nuestra intervención.

—Le felicito, señor juez — intervino la condesa—, pues tendrá usted una excelente nuera, y su hijo de us-

ted una esposa dignísima. María está educada en la escuela de las adversidades, y ésta es la mejor escuela. Ella es humilde por inclinación. Jamás ha empleado la adulación; es el alma más modesta y enemiga de la presunción que yo haya conocido; benigna, afectuosa y sinceramente religiosa, que es la piedra fundamental de todo lo bueno. También ha estado acostumbrada, desde la niñez, al trabajo, y como ella se ha cuidado siempre de los quehaceres domésticos, bajo todos conceptos es el modelo de una perfecta ama de casa. Su hijo Federico, señor juez, será muy dichoso casándose con ella.

La excelente condesa, segura del consentimiento de María, empezó inmediatamente a hacer los preparativos de la boda.

—Contribuiré — decía — a solemnizar dignamente ese acontecimiento, y el párroco de Erlenbrunn se encargará de casar a los dos jóvenes, pues esto causará a la novia una alegría inesperada, y también al noble párroco, que tanto interés se tomó por ella en la adversidad.

El día señalado para la boda fué uno de los más festejados que se hubiesen conocido en Eichburgo. A la hora indicada, la familia del conde se dirigió a la iglesia, ya ocupada por una gran muchedumbre de gentes de todo el condado de Eichburgo; nadie quedó en su casa, pues a los ojos del mundo era una cosa extraordinaria que una pobre muchacha, encadenada en un sombrío calabozo algunos años antes, hubiese podido conseguir el alto honor que en aquellos momentos le dispensaban.

Amalia acompañó hasta la iglesia a su amiga, que ostentaba en su frente la corona virginal, creyendo que con esto nadie se escandalizaría. Realmente, con esta acción aumentó más las simpatías que el pueblo sentía por ella.

María, cuyo rostro era en aquellos momentos más hermoso aun que las níveas rosas que adornaban su frente y su pecho, con paso mesurado, y la modestia retra-

tada en sus ojos, se acercó al altar, donde ya le esperaba el novio. Todos quedaron admirados al contemplar aquella gentil pareja.

No lejos de los novios, estaba de pie, a un lado del altar, el viejo cazador. Al contemplar el angelical rostro de María, acudió a su mente el recuerdo de la espantosa figura de Adela en su agonía.

El párroco de Erlenbrunn pronunció una hermosa y elocuente plática. Aconsejó a los padres que educasen bien a sus hijos, que les inspirasen temor a Dios, amor al bien, y aborrecimiento al mal, pues una buena educación es el mejor patrimonio que les pueden dejar. A los jóvenes les persuadía a que viviesen religiosamente, respetasen a sus padres, conservaran la inocencia como la flor más hermosa de entre las virtudes juveniles, y que guardasen los preceptos divinos, pues son los guías que, en la senda tortuosa que debemos seguir, nos señalan por dónde hemos de dirigir nuestros pasos para lograr la felicidad y la salvación.

El banquete de boda, que se celebró en el salón del castillo, fué espléndidamente servido. En lugar del centro de mesa de plata que debía servir de adorno, colocaron, con gran regocijo de los convidados, el cestito de flores en medio de la mesa. Amalia, secretamente, lo había adornado con las más hermosas flores y mandado ponerlo allí.

XXIV

MAUSOLEO A JACOBO

El mausoleo que Amalia había prometido a María edificar para el buen Jacobo, estaba ya terminado. Era sencillo y hermoso, trabajado en mármol blanco y con una inscripción dorada, en la cual, después del nombre, condición y edad del célebre hortelano y cestero, sobresalían en grandes caracteres dorados aquellas notables palabras de Cristo: «Yo soy la resurrección y la

vida : el que creyere en Mí vivirá después de muerto.» Debajo distinguíase, en bajo relieve, el cestito de flores, por cuyo medio había Dios salvado a María de sus grandes pesares en la sepultura de su padre.

Amalia había hecho el dibujo del cestito, por cierto con mucha exactitud, y se lo entregó al escultor para que le sirviese de modeló, y, debajo, leíase aquella memorable sentencia de la Sagrada Escritura : «La majestad del hombre es como una flor silvestre, que pronto se marchita ; pero la palabra del Señor dura por toda la ternidad.»

Encima del panteón alzábase una cruz sencilla de hierro, dorada a fuego.

El párroco de Erlenbrunn hizo colocar el hermoso monumento sobre la sepultura. Construído bajo las obscuras sombras de los abetos, hacía un efecto sorprendente, y más aún, cuando el rosal que crecía junto al sepulcro extendiendo sus ramas, cuajadas de fragantes flores, formó un caprichoso marco alrededor de la inscripción. El panteón era el más bello adorno del cementerio del país y el recuerdo más memorable de la villa.

Siempre que algún forastero visitaba al párroco, el buen sacerdote lo llevaba allí. Y si alguno manifestaba que fué una feliz idea grabar en bajo relieve un cestito de flores a un hombre que había sido jardinero y cestero a un tiempo, el párroco replicaba :

—¡ Oh, eso no es nada ! Aun hay otra cosa mejor : el cestito tiene una significación más bella, y con razón los aldeanos dicen que es el símbolo de una historia interesantísima, porque este suelo que pisamos fué regado con abundantes y amargas lágrimas.

Y refería a los forasteros la historia del cestito de flores ; y muchos de ellos se separaban del sepulcro de aquel piadoso varón con gran sentimiento y firme propósito de practicar el bien.

BIBLIOTECA SELECTA

Los volúmenes de esta biblioteca, magníficamente ilustrados con numerosas ilustraciones en negro y cuatro cromotipias, pueden distribuirse como premios en los colegios de niños, tanto por su baturatura, por el lujo de la impresión, belleza de los grabados en negro y en colores y la bonita encuadración, como por lo sano e instructivo de su lectura.

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. El molino de los Pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen (tomo 1.º).
11. Cuentos de Andersen (tomo 2.º).
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La pícara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Angel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloque.
39. Una ciudad flotante (primera parte).
40. Una ciudad flotante (segunda parte).
41. Miguel Strogoff (1.ª parte).
42. Miguel Strogoff (2.ª parte).
43. Las Indias negras (1.ª parte).
44. Las Indias negras (2.ª parte).
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La paloma.